

SOL ENCADENADO

CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

SOL ENCADENADO

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oras, 51-53 Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Portada: C. PRUNES

Depósito Legal: B. 5.830-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella noche, Rob Kane decidió concederse unas horas de expansión, después de varias semanas de trabajo apenas interrumpido para satisfacer las necesidades corporales más perentorias: comer, beber e higiene. Necesitaba «oxigenarse» su mente.

El proyecto era importante y estaba a punto de llegar a la etapa final. Kane quería evitar los fallos en esa última etapa.

Por dicha razón, había decidido divertirse un poco. La tensión en su ánimo estaba llegando a límites extremos y ello podía resultarle fatal para finalizar su proyecto, que, más que nunca en sus últimas fases, necesitaba una mente clara, lúcida y fresca por un buen descanso.

Si hacía falta, incluso se tomaría algunos días de vacaciones. De momento, sin embargo, quería divertirse.

Tenía que ocupar la mente en algo completamente opuesto a su proyecto. Cualquiera habría pensado que Kane se iba a ofrecer un concierto de música sinfónica o una velada de ópera o una función de teatro trascendental.

Nada de eso. Kane quería la diversión completa, lo cual no quería significar que no le agradasen la buena música, ni la ópera ni el teatro. Pero a sus treinta y pocos años, hablando claro, el cuerpo le pedía un poco de jolgorio.

Kane sabía dónde encontrar la diversión. Tras una buena cena, saboreada sin prisas, encaminó sus pasos a cierta taberna denominada «Los 7 Soles».

Lo de taberna era más bien para atraer a la clientela. En realidad, se trataba de un local de lujo, con apariencia de taberna

de los barrios bajos. Bien era cierto que allí se admitía a toda clase de gente; con dinero, no importaba su procedencia social.

Los precios en «Los 7 Soles» no eran nada baratos. Kane lo sabía, pero no le importaba.

Además, sabía cuál era una de las atracciones que iba a presenciar: la actuación de Syra Eulard, la bailarina arimexina, que actuaba con poco más que su cabellera por indumento y acompañada a la cítara arimexina por un famoso concertista de esta especialidad musical.

Entró en la taberna, que estaba casi al completo. El maestresala le acogió afectuosamente.

— Hace meses enteros que no le veíamos, señor Kane—[1] dijo.

— He estado muy ocupado, Benito — sonrió el joven—. ¿Crees que yo tampoco os he echado de menos? Supongo — añadió, deslizando un billete en las manos del maestresala —, que tendrás una buena mesa para mí.

— Para los clientes como usted, siempre hay una buena mesa; y si no, se expulsa a sus ocupantes y ya está — contestó Benito riendo —. Tenga la bondad de seguirme, señor.

Benito le condujo hasta la primera fila de mesas, en donde aún había vacías un par de ellas. Llamó a un camarero, se despidió, y Kane encargó le trajeran champaña.

Comenzó el espectáculo. Salió una cantante, cuyo mérito principal estribaba en la poca ropa que vestía. Obtuvo algunos aplausos corteses y en seguida se retiró.

Luego salieron doce chicas moviendo las piernas rítmicamente, a la vez que interpretaban una canción, cuyos autores, pensó Kane, debían de ser unos cretinos, a juzgar por la letra y la música. Menos mal que las bailarinas lo salvaban.

Un borracho quiso subir al escenario a levantar sus mucho menos agraciadas piernas, pero los matones del local se encargaron de despacharlo con fulminante rapidez y una discreción absoluta.

El espectáculo continuó, mientras los camareros iban y venían continuamente por entre las mesas. De pronto, Kane vio con el rabillo del ojo que tres sujetos ocupaban la mesa entonces vacía y que, al parecer, había sido reservada con mucha antelación.

Por sus ropajes, dedujo que eran extranjeros, aunque no se le ocurrió cuál podía ser el planeta de procedencia. Uno de ellos era

delgado, pálido de cara, con barbita terminada en punta y cejas picudas. Parecía un personaje de importancia.

Los otros dos debían de ser sus acompañantes, inferiores en rango, uno de los cuales semejaba, por el volumen corporal, un elefante con figura humana. Pero Kane no se preocupó mucho de ellos, entretenido con el espectáculo.

El mago que había actuado se retiró. Los altavoces bramaron, anunciando la próxima actuación de Syra Eulard.

Estalló una salva de aplausos. Las luces se atenuaron hasta apagarse casi por completo. Una sombra cruzó hasta situarse en el centro del escenario.

Se oyó el tañido de las cuerdas de un extraño instrumento musical. Un potente reflector se encendió en alguna parte y Syra Eulard se hizo visible a los espectadores.

Kane contuvo el aliento, mientras la joven bailarina interpretaba una danza de su país, en la que apenas si movía los hombros, las manos y las puntas de los pies. Las descripciones sobre la brevedad de su indumentaria, poco más que la larga cabellera, no eran exageradas en modo alguno.

Parecía una diosa de piel de color canela claro, con pelo dorado y pupilas intensamente verdes. El silencio era absoluto.

Sólo se oía el leve rasgueo de las cuerdas de la cítara armexina, instrumento de graves y ricas sonoridades, tañido por el citarista, a quien apenas se vislumbraba en la sombra, al fondo del escenario. Alguien tosió de repente y un par de puños se abatieron con furia sobre su cráneo, fulminando al osado que había roto el hechizo por unos instantes.

Syra llevaba una rosa en el pelo. Kane sabía lo que significaba.

Casi al final de su actuación, Syra solía arrojar la rosa hacia alguna persona que le había agradado, siempre del sexo opuesto, claro. El afortunado tenía derecho a pasar el resto de la velada en compañía de la hermosa bailarina.

Conseguir la rosa era uno de los secretos deseos de Kane. Pero no confiaba en tener suerte.

Después de cada número, estallaba una salva de aplausos que duraba largo rato. De pronto, en una de sus evoluciones, Syra se arrancó la rosa y la lanzó al aire.

Kane estiró las manos, incorporándose para alcanzar la flor.

Otras manos quisieron atraparla, pero llegaron tarde.

El extranjero de la mesa contigua le miró con ira, pero no dijo nada. Kane se sentó de nuevo en la mesa y olió la flor, mientras clavaba los ojos en Syra.

Entonces oyó una voz muy suave:

— Venga a verme después a mi camerino.

Kane se sobresaltó. Tardó algunos segundos en descubrir el minúsculo altavoz situado en el fondo de la corola.

Los verdes ojos de Syra se cruzaron con los suyos. Una sonrisa imperceptible apareció en los labios de la joven, cuyos brazos se movían como serpientes.

—No falte, señor Kane — sonó de nuevo la voz de Syra en el fondo de la rosa.

Kane hizo un parpadeo de asentimiento. Ella dejó de mirarle.

— ¡Vaya un truco!—murmuró Kane, sin quitarse la flor de la cara —. ¿Lo habrá hecho así con todos?

Los ocupantes de la mesa de al lado se levantaron y se marcharon. Kane ya no se dignó mirarles siquiera.

Syra terminó su actuación poco después. Kane estimó que debía dejar pasar un tiempo prudencial antes de acudir al camerino de la artista.

* * *

Había en la puerta una estrella de oro y, debajo, el nombre de Syra Eulard. Kane tocó con los nudillos y aguardó.

Fue una vana espera. Nadie contestó a la llamada.

— Me habrá tomado el pelo — masculló.

Pero, por si no le había oído, hizo girar el pomo y abrió la puerta.

Un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo. Syra no estaba en el camerino.

El que si estaba era el citarista, pero muerto.

Kane inspiró con fuerza. El individuo cetrino, que con tanto arte había tocado aquel singular instrumento, yacía en el suelo, con una pierna doblada bajo el cuerpo y el mango de un puñal asomando por el centro del pecho.

La sangre apenas había manado de la herida. Pero no cabía la

menor duda de que el citarista estaba muerto.

Le extrañó que el asesinato se hubiese producido en el camerino de Syra. Pero ¿dónde estaba la artista?

Había un biombo y miró con aprensión al otro lado, temiendo encontrarla a ella también muerta, pero no fue así.

Entonces divisó la ventana abierta.

—Ella lo ha matado y luego ha escapado, para huir de la justicia — se dijo.

Se preguntó por las causas del asesinato. Para él, todo estaba muy claro.

Syra y el citarista actuaban juntos. Al cabo del tiempo, había nacido el amor en el corazón del citarista.

— Y también los celos — murmuró—. Han discutido y ella, rotos los nervios, le ha pegado una puñalada, así de sencillo.

No podía continuar más en el camerino. Era preciso informar de lo sucedido.

Abandonó la estancia. Dos pasos más adelante, divisó una puerta entreabierta.

Pertenecía al camerino del citarista. A través de la abertura, vio algo que le chocó extraordinariamente.

La cítara yacía en el suelo, convertida en un informe montón de astillas. No era el destrozo producido por un golpe colérico, sino que la habían despedazado por completo, metódicamente, sin dejar una astilla de longitud superior a un palmo.

— ¡Esto no lo ha hecho ella! — masculló, perplejo.

Pero como no podía seguir allí, continuó su camino y, segundos más tarde, hacía una seña a Benito.

El maestresala acudió en el acto.

— Señor Kane…

— Tengo que darte una mala noticia, Benito. El citarista de Syra tiene un puñal en el pecho y ella ha desaparecido.

Benito se sobresaltó fuertemente, pero, hombre avezado a toda clase de situaciones, se rehízo en el acto.

— Usted no ha sido, por supuesto — dijo.

— Ya no estaría aquí contigo, Benito. Y me parece que Syra estaría pegando unos chillidos como para romper todos los cristales de la taberna.

Una pálida sonrisa apareció en la cara de Benito.

— Eso es cierto, señor—admitió—. Bien, váyase tranquilo; yo arreglaré este asunto con la Policía.

— No esperaba menos de ti, Benito. Gracias y hasta otra… con mejor suerte, por supuesto.

— Y usted que lo diga, señor Kane — suspiró Benito.

Kane se dirigió hacia la puerta, olisqueando melancólicamente la rosa. El asesinato del citarista y la desaparición de Syra le habían amargado una noche, en que tan felices se las prometía.

Salió a la calle y levantó la vista hacia las estrellas. ¿Qué haría para continuar la diversión?, se preguntó.

— Solo, no, de ninguna manera — decidió.

Caminó medio centenar de metros. De pronto, vio una cabina telefónica y entró en ella.

Marcó un número. Cuando obtuvo la comunicación, dijo:

— ¿Betty? Soy Rob Kane… Muy bien, guapa, estupendamente… pero solo… ¿Qué te ofreces a aliviar mi soledad? Eso es estupendo, hermosa… Mujer, donde tú quieras… ¿En mi casa? De acuerdo, Betty; hasta ahora.

Colgó el teléfono. Betty era una guapa muchacha con un tipo estupendo y una agradable conversación. Pasarían una amena velada, se prometió.

Quizá era demasiado optimista, se dijo unos segundos después, cuando, al salir de la cabina, sintió algo duro en un costado y una voz nada amable que le decía:

— Esto es una pistola vibratoria, señor Kane. Una sola voz en tono más alto de lo normal y todos sus huesos quedarán convertidos en papilla para perros lactantes.

CAPÍTULO II

Kane sintió que la frente se le cubría de un sudor helado. ¡Una pistola vibratoria!

El que le había amenazado no exageraba en modo alguno. Aquel arma infernal disparaba unas descargas semejantes a las supersónicas que, sin apenas afectar a los demás órganos del cuerpo, pulverizaban literalmente el esqueleto humano.

La muerte solía ser instantánea, aunque Kane conocía algunos casos en que el afectado por una de aquellas descargas había vivido todavía algunos minutos con los huesos hechos polvo. Aquellos postreros minutos no habían tenido nada de agradables.

No obstante, procuró rehacerse.

— ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Dinero? Llevo encima…

— No nos interesa su dinero, señor Kane — atajó el individuo—. Nos interesa usted particularmente… y también Syra Eulard.

— ¿Syra?—Kane soltó una risita—. No tengo la menor idea de dónde puede encontrarse esa mujer.

— Nosotros hemos concebido una hipótesis y vamos a comprobarla. Camine, pero recuerde que la pistola está apuntada constantemente a su cuerpo.

Kane se encogió de hombros. Una mano surgió ante su pecho y le arrebató la rosa, que todavía continuaba en su poder.

— A partir de ahora, oleré yo el perfume — dijo su asaltante.

Kane echó a andar. Con el rabillo del ojo, pudo darse cuenta de que el tipo era precisamente el que había fracasado en recoger la rosa en «Los 7 Soles».

Había hablado en plural, lo que significaba que los otros no podían hallarse muy lejos. Doblaron la próxima esquina y entonces divisó Kane un coche parado.

— Entre — le ordenaron.

Alguien abrió la portezuela desde el interior. Kane se agachó como para entrar, pero, en el último instante, levantó el pie derecho hacia atrás con todas sus fuerzas.

El tacón alcanzó una mandíbula, cuyo dueño lanzó un rugido de furia. Kane se volvió y golpeó sañudamente con un codo el ojo

izquierdo del primer atacante.

Dentro del coche sonó una voz de alarma. Kane se volvió y pateó la portezuela con todas sus fuerzas.

La portezuela se cerró de golpe, atrapando la mano del gigante, que se disponía a salir en aquel momento. Sonó un bramido de dolor.

El gigante empujó con el hombro izquierdo. Kane pateó de nuevo y el individuo cayó hacia atrás.

Una pistola asomó por la ventanilla delantera. El pie de Kane se movió de nuevo con sorprendente rapidez y el arma cayó al suelo, mientras se oía un casi femenino chillido de dolor.

Kane se inclinó y recogió la pistola. Apretó el gatillo y lanzó varias descargas contra el morro del vehículo.

Debajo de las chapas se oyeron unos fuertes chasquidos. El metal del motor no se pulverizaría como los huesos del cuerpo humano, pero se producirían algunas averías irreparables.

Luego, antes de que sus sorprendidos asaltantes pudieran reaccionar, dio media vuelta y echó a correr. Medio minuto más tarde, había desaparecido de aquel lugar.

* * *

Abrió la puerta de su departamento y lanzó un suspiro de alivio. Bien mirado, la noche había sido un tanto movida y, a fin de cuentas, ¿no había salido en busca de diversión?

Se acercó al bar y llenó una copa. Tomó un sorbo y entonces llamaron a la puerta.

Por precaución, echó un vistazo a través de la mirilla. No, no había cuidado; era Betty.

Era una hermosa muchacha, ciertamente, ataviada con una audaz indumentaria. Betty entró contoneándose y dio dos vueltas por la estancia.

— ¿Qué te parezco? — preguntó.

Kane emitió unos sonidos ininteligibles. Betty se echó a reír.

— Te he dejado sin habla, ¿eh?

— Y con la boca seca — rió Kane —. Espera y tomaremos una copa.

Llenó dos copas y ofreció una a su hermosa visitante. Betty dijo,

en son de queja:

— Me has tenido abandonada en los últimos tiempos. Ya empezaba a pensar mal de ti.

— El trabajo, guapa — suspiró él —. He tenido tanto en los últimos días que…

De repente, Betty dejó de sonreír.

Sus ojos despidieron chispas de furia.

— Yo tenía razón en pensar mal de ti — gritó.

Y sin más, levantó la mano y asestó a Kane una tremenda bofetada que casi lo tiró al suelo.

Kane se quedó atónito.

— ¡Betty! — gritó —. Pero ¿qué…?

Ella recogió su bolso y taconeó airadamente hacia la puerta.

— ¡Adiós, sátiro! — se despidió, enfurecida.

La pared tembló a causa del portazo. Kane no sabía qué hacer ni qué decir.

— ¿Se habrá vuelto loca? — masculló.

— Lo siento, pero creo que he sido yo el motivo de esa bofetada.

Kane se puso rígido. La voz que había sonado a sus espaldas…

— Sí, soy yo, Syra Eulard — confirmó la artista, mientras Kane giraba lentamente sobre sus talones.

Syra esbozó una sonrisa de disculpa.

— Lo lamento, pero me eché en su cama a descansar y me quedé dormida — explicó —. Las voces me despertaron y… ¡Oh, cuánto lo siento, señor Kane! Le he echado a perder involuntariamente una grata velada…

Kane se frotó la mejilla, aún dolorida.

— No, lo peor no es la velada frustrada ni la bofetada que he recibido, señorita Eulard — contestó —. Lo peor de todo es la puñalada que ha recibido su citarista.

— Lo sé — declaró Syra sorprendentemente—. ¿Por qué, si no, cree que estoy aquí? Pero ¿no me invita a una copa?

Kane procuró recobrarse de la sorpresa recibida. — Con mucho gusto — respondió.

* * *

Con la copa en la mano se acercó a Syra, cuya indumentaria era

mucho más discreta que la utilizada en el escenario. De pronto, vio una especie de joya sobre el seno izquierdo.

Alargó la mano y arrancó la joya de un tirón. Ella protestó.

— ¿Por qué hace eso? — se quejó.

— ¡Silencio! — ordenó él secamente.

Syra le miró extrañada. Kane paseó la vista a derecha e izquierda y, al fin, encontró lo que buscaba.

La joya quedó en el interior de una tabaquera, cuya tapa cerró cuidadosamente.

— Es su transmisor, ¿no? — dijo al terminar.

— Sí — admitió Syra.

Kane le entregó la copa.

— Me han quitado la rosa con el receptor. No quiero que sepan que está aquí — manifestó.

Syra abrió los ojos.

— Comprendo — dijo—. Dispénseme, señor Kane…

— Me llamo Robert, aunque todos me llaman Rob — replicó él sonriendo.

— De acuerdo, Rob. Sin duda te extrañará mi presencia en tu casa — le tuteó Syra sin más trámites.

—Imagínate. Pero, ¿por qué no te sientas?

Ella accedió. Kane tomó una silla y se sentó a horcajadas frente a la joven, apoyando los brazos en el respaldo.

— Tu citarista ha sido asesinado — dijo.

— Sí, y gracias que yo pude escapar a tiempo. Detkus murió por salvarme la vida. — La voz de Syra estaba teñida de melancolía—. Era un hombre valiente.

— Y yo que llegué a pensar que habías sido tú — dijo Kane, sonriendo forzadamente.

— ¿Por qué iba a matarlo yo? — se extrañó Syra.

— ¡Qué sé yo! Una discusión por celos, tal vez…

— No había tal, Rob. Detkus estaba casado y muy enamorado de su esposa. Actuaba de citarista conmigo, porque lo consideró su deber.

— ¿Su deber? — repitió Kane, asombrado.

— Si…, pero ya te explicaré luego. Rob, tú sabes que yo soy de Arimex I.

— Por supuesto.

— Cuando te lancé la rosa, quería solamente pasar una velada en tu compañía. Ahora las cosas han cambiado un poco y debo pedirte algo quizá menos grato, pero mucho más importante.

— No entiendo, Syra — dijo Kane.

—Sencillamente, quiero que actúes como citarista conmigo, cuando baile en los escenarios.

CAPÍTULO III

Kane se sobresaltó al oír aquellas palabras.

—¡ Pero si yo no sé tocar la cítara armexina! — exclamó.

— No importa. Aprenderás — contestó Syra, imperturbable.

— Si te refieres a la cítara de Detkus, la hallé hecha astillas.

Syra se quedó parada al oír aquella declaración.

— Lo comprobé al salir de tu camerino — añadió Kane —. La puerta del de Detkus estaba abierta y cada astilla del instrumento no medía medio palmo siquiera.

Ella hizo un pensativo gesto de asentimiento.

— No cabe la menor duda — murmuró—. Han sido ellos.

— Imagino que te refieres a los tres tipos que estaban a mi lado en la taberna, ¿verdad?

— Sí, Rob — confirmó Syra.

— Han intentado asaltarme — dijo Kane —. Más concretamente, querían raptarme.

— ¿ Qué dices, Rob?

— Ya lo has oído. Uno de ellos, el más pequeño, me puso una pistola vibratoria en el costado. Luego me condujo hasta su coche, situado en la calle transversal…

Syra le miraba con ojos de pasmo.

— ¿Y has podido escaparte? — preguntó.

— Estoy aquí ¿no? — Él sonrió —. Lo que nunca imaginé es que podría encontrarte aquí.

— Estimé que era el lugar más seguro, aunque no ciertamente el menos concurrido — dijo Syra con una sonrisa maliciosa.

— Tú habías desaparecido y. mi velada se había ido al diablo. No sabía qué hacer y llamé a Betty, que es una buena amiga. El asalto se produjo después de llamar a Betty.

— Entonces, la que ha estropeado una velada he sido yo.

Kane se encogió de hombros.

— Demasiados factores han influido esta noche como para considerarla placentera, aunque no negaré que me agrada tenerte en mi casa — dijo —. Pero, ¿todas las noches tenías velada cuando lanzabas la flor a uno de los clientes de la taberna?

Syra se reclinó en el diván, entornó los ojos y cruzó las piernas.

— Era una especie de propaganda — contestó —. El agraciado venía a mi camerino, tomábamos una copa de champaña… y ahí se acababa todo.

— ¡ Hum! Muchos habrán dicho de ti cosas que no han sido ciertas.

— El hombre es un animal muy orgulloso — dijo Syra riendo—. Algunos, es cierto, habrán añadido por su cuenta hechos que no sucedieron en su velada.

— La mía habría sido una velada de rutina, ¿verdad?

Ella le miraba sin dejar de sonreír.

— Como todavía no ha sucedido, no especulemos sobre el asunto. Volvamos al otro tema; es mucho más importante.

— Según se mire, claro, pero no lo discutiremos por ahora. Lo que sí vamos a discutir es mi arte como citarista. No tengo la menor idea de cómo se toca ese instrumento.

— Aprenderás—dijo Syra con firmeza.

— Sí, claro, y en diez lecciones por correspondencia. No me hagas reír, Syra; mi oído musical es detestable. Además, ¿por qué he de tocar yo la cítara?

— Para que yo pueda seguir bailando. No sé bailar si no me acompañan con una cítara.

Kane se pasó una mano por la cara.

— Esto parece una conversación de despropósitos — masculló.

— Te lo aseguro — dijo Syra con vehemencia—. Las danzas que yo interpreto son danzas rituales arimexinas. Yo no poseo dotes artísticos en absoluto, pero me acondicionaron para interpretar esas danzas. Si intento bailar otra cosa con cualquier otro instrumento, me siento sumamente torpe.

— ¡ Vaya! —resopló Kane—. De modo que te acondicionaron para interpretar las danzas rituales de tu planeta.

— Sí. Bueno, no vayas a creer que soy un robot con cuerpo humano; el acondicionamiento se refiere sólo a la danza ritual de mi planeta. En lo demás, mi mente está libre por completo. Y tiene que ser así, o no podría desempeñar mi misión de un modo satisfactorio.

Kane le miró de soslayo.

— Mente acondicionada… Una misión… Un muerto… Syra, tú

eres una espía — dijo.

— La palabra es fea, pero correcta — admitió ella sin pestañear.

— Y quieres que yo te acompañe.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Rob, ¿nos habíamos visto tú y yo antes de ahora?

— No, desde luego.

— Sin embargo, yo te reconocí desde el escenario.

— Eso es cierto. Ahora que recuerdo, ¿cómo… ?

— Si no hubieras ido tú a «Los 7 Soles», yo habría acabado por buscarte — explicó Syra—. Pero previamente había tomado informes tuyos y de tus trabajos.

Kane respingó de nuevo.

— ¡Syra, eso es casi secreto! —exclamó.

— Lo sé; y precisamente por eso te pido que me ayudes. Nadie podría hacerlo mejor que tú.

— Está bien, pero ¿no puedes terminar de explicarte de una vez?

— Sí, claro. Rob, ¿has oído hablar del motor Zzawa?

Kane arqueó las cejas.

— No tengo la menor idea de ese motor ni de su inventor — contestó.

— El inventor es el general doctor Kontd Zzawa y ha desaparecido misteriosamente. Yo estoy buscándole, y quiero que tú me ayudes a encontrarle, antes de que lleguen Larm Steiduss y sus acólitos.

— ¿Quién es Steiduss? — preguntó Kane.

— El hombre que ordenó tu secuestro — respondió Syra.

* * *

Kane se puso en pie.

— Creo que estamos necesitando una copa — dijo.

— No es mala idea — declaró la joven.

Kane llenó dos copas y se sentó de nuevo frente a Syra.

— Continúa — pidió—. ¿En qué consiste el motor Zzawa?

— Tú ya sabes que las astronaves actuales se mueven por propulsión fotónica, esto es por chorros de partículas luminosas.

—Sí, pero sólo a velocidades inferiores a la de la luz. Cuando

tienen que rebasar los trescientos mil kilómetros por segundo, emplean los motores subdimensionales.

— Desde luego, pero, a veces, ocurren fallos y la astronave que se ha sumergido en la subdimensión espacial, se pierde y ya no se vuelve a saber nada de ella ni de sus pasajeros ni tripulación. Literalmente, se pierde en la nada.

— Sí, he oído hablar de algunos casos… y me imagino que no debe de resultar agradable un final así. ¿Cómo acaban esas naves?

Syra hizo un gesto ambiguo.

— ¿Lo ha averiguado alguien? ¿Ha vuelto alguien de la nada para informar de lo que sucedió? Tanto pueden estar vagando en la subdimensión, convertidas en féretros volantes, con todos sus pasajeros muertos de hambre y sed, como han podido convertirse en polvillo cósmico. Nadie sabe lo que ha ocurrido, sino que la nave ha desaparecido y no ha vuelto jamás.

— Eso es cierto — convino Kane—. Pero los casos son mínimos…

— El porcentaje es de uno coma tres por veinte mil — declaró Syra —. Lo que significa que, dada la actual proliferación de viajes espaciales, se han perdido ya unas cincuenta y tantas astronaves. A dos mil personas por término medio, hay cien mil seres humanos de los que no se sabe nada ni, probablemente, se sabrá jamás.

— Y todo eso lo va a evitar el motor Zzawa.

— Si, en efecto.

— ¿Cómo funciona ese motor?

—En síntesis, es mi selector de campos gravitatorios, de elevadísima sensibilidad y que actúa incluso en la subdimensión. Orientado él selector hacia un determinado cuerpo celeste, cuyo índice de gravedad se conozca previamente, la pérdida resulta imposible.

— Voy entendiendo — dijo él—. Es la seguridad total en los viajes interestelares.

— Exactamente.

— Pero no comprendo qué relación puede tener mi proyecto con el motor Zzawa — alegó Kane.

Syra sonrió.

— Producción de energía — contestó.

— ¿Cómo? — dijo Kane.

— El selector de gravedades necesita una enorme cantidad de energía. Se le puede proporcionar, claro, pero habría de construirse un generador especial que, sobre ocupar un enorme espacio en la astronave, originaría un aumento de peso prácticamente prohibitivo.

— Sí, voy entendiendo.

— Y tú estás trabajando en el proyecto «Sol Encadenado», ¿no es así?

Kane entornó los ojos.

— Sabes mucho de mí, Syra — comentó en tono seco.

— No todo lo que sé lo he averiguado de un modo directo — se defendió la joven—. Pero el nombre de tu proyecto es el que he citado.

— Sí, en efecto.

— Prácticamente, tu generador ocupará un espacio ínfimo en comparación con los actuales — dijo Syra —. Con un generador del tamaño de este diván, habrá más que suficiente para mover una astronave. ¿Me equivoco?

— Así es, pero…

— ¿Aceptas? — preguntó ella ávidamente.

Kane dudó un instante.

— ¿Qué beneficios obtendré? — preguntó al cabo.

— Eres muy poco altruista — se quejó Syra.

— Al menos, no me negarás sinceridad.

— Eso es cierto. Rob, no puedo prometerte grandes beneficios económicos, aunque sí una compensación más que suficiente por tu ayuda. En cambio, sí puedo prometerte una recompensa que nada ni nadie te podrá arrebatar.

Kane arqueó las cejas.

— ¿Qué clase de recompensa?— preguntó.

— Yo.

Sobrevino un corto espacio de silencio De pronto, Kane se puso en pie y se acercó al diván.

Alargó la mano y asió una de las de Syra, obligándola a ponerse en pie. Luego enlazó su delgado talle con los brazos.

— Empieza a pagarme — pidió.

Syra sonrió. Lentamente, levantó los brazos y los enroscó alrededor del cuello de Kane.

— No es cosa que cueste mucho — respondió.

Pasados algunos momentos, se separaron.

Syra sonreía.

— Sabes cobrarte bien — contestó.

— El precio es demasiado tentador — repuso él—. Por cierto, hay algo que me preocupa.

— ¿Sí, Rob?

— El aprendizaje de citarista. Y el instrumento, por supuesto.

Syra lanzó una alegre carcajada.

— ¿Quieres dejarlo de mi cuenta? — respondió, a la vez que avanzaba de nuevo hacia él con ojos brillantes de pasión.

CAPÍTULO IV

Las manos de Kane rasgueaban el instrumento que Syra le había comprado en una tienda donde vendían artículos de importación procedentes de otros mundos. Kane parecía sumido en trance.

La cítara armexina era un enorme instrumento, parecido en parte a un violón terrestre, aunque más esbelto y de forma abombada en la caja de resonancia. Tenía solamente tres cuerdas y los sonidos que emitían eran de una pureza y una armonía realmente excepcionales.

Kane tenía puesto un gran casco con auriculares, de donde le llegaban las instrucciones grabadas en una reproductora, que corregía automáticamente toda nota falsa. El aspecto de hallarse en trance que ofrecía Kane era, en cierto modo, verdadero; estaba realizando un aprendizaje hipnótico, una especie de acondicionamiento mental referido solamente al instrumento musical, del mismo modo que Syra había aprendido las danzas rituales de su país.

El aprendizaje marchaba satisfactoriamente. Kane había hecho algunas pruebas por sí mismo, con resultados halagüeños.

— De físico termonuclear a citarista — había dicho la última vez con cierta nota de amargo sarcasmo en la voz.

La puerta de la casa se abrió. Syra avanzó hacia la máquina y dio media vuelta a la llave de contacto. La grabación se interrumpió instantáneamente.

— Despierta, Rob — dijo la joven, dándole unos suaves cachetes en las mejillas.

Kane sacudió la cabeza. Su aire ausente desapareció a los pocos momentos.

— Hola, Syra — saludó—. No te había oído llegar.

— Estabas absorto en tu lección de cítara — respondió ella—. ¿Quieres café?

— Bueno.

Kane se quitó los auriculares y dejó el instrumento a un lado. Se puso en pie y encendió un cigarrillo.

Syra apareció minutos después, con una bandeja en las manos.

— Tengo noticias — manifestó.

— Habla — pidió Kane, mientras se apoderaba de un pocillo con café.

— He localizado el escondite del doctor Zzawa.

— Muy notable — sonrió Kane —. ¿ Ha resultado difícil?

— Un poco. Me acompañarás, supongo.

— ¿Piensas secuestrarlo?

— Según como lo mires. Yo diría más bien que voy a llevármelo arrestado a Arimex.

— ¿Tienes autoridad para ello, Syra?

— Sobre el doctor, sí, Rob.

— Recuerda, estás en la Tierra. Aquí no se te reconoce ningún rango oficial. Eres sólo una bailarina folklórica.

Ella hizo una mueca de desdén.

— Tú deja que ponga los ojos encima de Zzawa y ya me ocuparé yo del resto — contestó.

Kane se encogió de hombros.

— Si te sigue como un cordero, es cosa suya — dijo —. Por cierto, ¿cómo diablos se le ocurrió abandonar Arimex?

— Steiduss y sus esbirros andaban tras él, Rob.

— Pero Steiduss es de Jaitsun VIII — exclamó Kane.

Aquella objeción pareció embarazar un tanto a Syra.

— Bueno, se marchó de Arimex — contestó en tono evasivo.

— Zzawa es arimexino. Tú también lo eres. ¿Por qué no se quedó en su país?

— Cuando lo vea, se lo preguntaré. ¿Has terminado ya tu café, Rob?

Kane miró fijamente a la joven.

— Tú me ocultas algo, Syra — adivinó —. Estoy por asegurar que Zzawa no se sentía tampoco demasiado a gusto en su país.

Syra no hizo caso de aquellas palabras. Abrió su bolso y entregó a Kane un objeto.

— ¿Para qué me das esto? — preguntó él.

— Puedes necesitar un arma…

Kane rechazó la pistola vibratoria que le ofrecía la joven.

— Tengo mis puños y mis pies, gracias — contestó —. Y bien empleados, rinden lo suyo. Steiduss y sus compinches podrían decir algo al respecto, si estuvieran aquí.

— Por fortuna no están — suspiró Syra —. ¿Vamos, Rob?

* * *

— Ahí está — dijo Syra.

Kane levantó la vista hacia el remate del altísimo rascacielos al pie del cual se hallaban.

— ¿Qué piso?

— El ciento veintiséis, ático individual.

— Un buen refugio, evidentemente.

— Sobre todo, si se tiene en cuenta que el piso que ocupa tiene su ascensor individual y carece de escaleras.

— ¿Hasta dónde llegan los ascensores colectivos?

— Hasta el ciento veinte, naturalmente. Los seis pisos restantes son áticos privados, cada uno con su ascensor.

Kane soltó una risita.

— Conozco esa distribución de pisos — dijo —. El ascensor privado tiene una clave particular, que sólo conoce el dueño. Tú puedes entrar en el ascensor, pero no conseguirás que se mueva un palmo, si no conoces la clave.

Syra parecía decepcionada.

— Eso no lo sabía yo — contestó.

Kane la agarró por un brazo.

— Vamos — dijo—. Hay otros medios mejores de llegar al ático del doctor Zzawa, aunque posiblemente no sean tan seguros.

Ella se dejó guiar hasta un edificio situado a varias manzanas, en donde Kane alquiló dos propulsores individuales.

— El precio es muy alto — se quejó Syra.

Kane se echó a reír.

— Yo creía que te habían enviado bien provista de dinero — dijo irónicamente.

— Y así es, pero sigue pareciéndome caro.

— Entonces, ve al ascensor…

— ¡Oh, a veces te pones verdaderamente odioso!

— dijo Syra, muy sulfurada. Abrió el bolso y sacó un puñado de billetes—. Doscientos créditos terrestres — añadió.

— En efecto, señora — contestó el encargado de la tienda.

— El cambio está muy alto. Aquí, en la Tierra, sois irnos

granujas. Nos exigís ciento veintisiete créditos armexinos por cada uno de los vuestros.

Kane se encogió de hombros.

— Yo no soy el ministro de Hacienda — contestó.

— Procuren no interferir el tráfico de otros propulsores individuales — aconsejó el encargado—. Podría costarles más semanas de arresto y una multa de quinientos créditos.

— Sesenta y tres mil créditos armexinos — se estremeció Syra.

Kane se echó a reír al observar la congoja que aquellas cifras causaban en el ánimo de la joven. Luego subió con ella a la terraza de la tienda, donde se hallaban los propulsores de alquiler.

Cada aparato tenía una especie de banqueta, con apoyo para los pies y reposabrazos. Unas fuertes correas sujetaban al viajero al aparato, cuyo control se efectuaba por medio de los mandos instalados en el brazo derecho del asiento.

Después de recibir las últimas instrucciones, que Syra acogió con un bufido de desdén, se elevaron en el aire.

Ella ganó altura rápidamente.

— No corras tanto — gritó Kane — o te vas a estrellar contra otro viajero.

Abundaban los propulsores individuales. Syra contuvo los nervios y logró moderarse.

Minutos más tarde, aterrizaban en la azotea del edificio donde residía el doctor Zzawa.

— ¿Y ahora? — preguntó Syra, después de soltarse las ligaduras de seguridad.

Kane hizo una seña con la mano.

— Ven — indicó.

Syra siguió al joven, quien la condujo hasta uno de los laterales de la terraza. Kane inclinó el cuerpo por encima del antepecho.

— Mira — dijo —; la terraza del ático de Zzawa está inmediatamente debajo.

— Son casi cinco metros. ¿Cómo bajaremos, Rob?

— Te apuras por nada — sonrió él, a la vez que se situaba a caballo sobre el parapeto.

— Pero tenemos los propulsores. Podemos bajar…

— Hay una gran cristalera y podrían vemos.

Kane se descolgó y flexionó las piernas para reducir el impacto

de la caída. Una vez hubo recobrado el equilibrio, extendió los brazos hacia arriba.

— Vamos, anímate.

Syra dudaba. Kane hizo gestos con la mano.

— Yo bajaré en mi propulsor — dijo ella al cabo.

Kane trató de calmar su impaciencia. Syra desapareció de su vista.

La terraza era bastante grande y había gran número de plantas de salón. Kane se dijo que podía acercarse a la cristalera para ver lo que había al otro lado, pero, en el mismo momento, oyó un tremendo estrépito en el interior de la casa.

Alguien lanzó un atroz juramento. Se oyó el mido de un jarrón al romperse.

Un hombre se quejó. De repente, algo parecido a un obús humano salió proyectado al exterior, rompiendo los vidrios de los ventanales con tremendo estrépito, y se elevó a las alturas con sorprendente rapidez.

Kane se quedó atónito. ¿Había llegado a un manicomio?, se preguntó.

De súbito, oyó un grito:

— ¡Persíguele, imbécil! Ya te atarás las ligaduras en vuelo.

— Sí, señor, ahora mismo…

Kane se asomó a la cristalera. En el mismo instante, un individuo salió montado en su propulsor individual, manejándolo con una mano mientras que con la otra trataba de asegurarse los atalajes.

El hombre le vio al pasar y se sobresaltó, aunque no por ello dejó de elevarse, una vez en la terraza. Justamente en aquel momento, apareció Syra con su aparato.

La chica lanzó un agudo grito. Los dos propulsores chocaron en el aire con alguna violencia.

Syra perdió el equilibro y volteó en el aire, acabando por caer en la terraza, mientras el otro individuo salía despedido de su propulsor y se estrellaba contra el suelo. El que había dentro de la casa, sorprendido por la inesperada presencia de la pareja, montó en su propulsor y, aprovechando la indecisión de Kane, escapó a toda velocidad, antes de que el joven pudiera hacer nada por detenerle.

Kane corrió en auxilio de la muchacha.

— ¿Estás bien? — preguntó ansiosamente.

— Sí, pero mira, hemos hecho un prisionero. Atrápalo antes de que escape — indicó Syra, mientras forcejeaba para ponerse en pie.

Kane se acercó al hombre caído. Una expresión de pesar apareció en su rostro.

— ¡Ha muerto! —dijo.

CAPÍTULO V

Syra se mostró muy extrañada al oír las palabras de Kane.

— ¿Cómo puede ser eso? Chocamos a tres o cuatro metros solamente de la terraza…

— Sí, pero el otro no se había sujetado aún al asiento del propulsor y cayó en mala postura. Se ha desnucado.

Syra se mordió los labios.

— ¡Lástima, podría habernos dicho algo interesante!

Kane estaba todavía junto al cadáver.

— No me parece conocido — observó.

— Es lo mismo — dijo Syra—. El que escapó era Ur-Gnoï, el hombre de confianza de Steiduss.. Pero Steiduss no se vino solo con los dos tipos a quienes viste en «Los 7 Soles».

— Por lo visto, se ha traído un batallón de sicarios, ¿no?

— Imagínate — contestó ella —. Pero Zzawa se nos ha escapado.

— Syra, parece ser que el motor de Zzawa interesa mucho a Steiduss. ¿Cómo diablos encontrarían al doctor?

Syra se encogió de hombros.

— No son tontos — contestó —. Pero ahora Zzawa ha escapado y vete a saber dónde se habrá ido.

Kane se dirigió hacia la casa.

Había una mesa puesta en el salón, con dos cubiertos, exquisitamente adornada. Kane se extrañó del detalle.

— ¿A quién esperaría el doctor? — murmuró.

Syra sonrió tras él.

— Es muy aficionado al bello sexo — dijo—. Sin duda, tenía una invitada… pero la llegada de Ur-Gnoï y del otro tipo le estropeó la velada.

— ¿ Qué te parece si aprovechásemos nosotros la cena? — sonrió él.

— ¿Con un muerto en la terraza? — se estremeció Syra.

— Más te amargaría la cena si estuviese vivo — contestó Kane sentenciosamente. Y alargó la mano hacia la botella de champaña que había en la heladera.

Pero no llegó a quitar el tapón. El timbre de la puerta sonó en

aquel momento.

Syra sacó su pistola vibratoria instantáneamente.

— Abre, Rob — indicó.

— Muy bien, tú me proteges — contestó él.

Kane se acercó a la puerta y abrió. Una hermosa joven, pelirroja, de osada indumentaria, apareció ante los ojos de la pareja.

— Hola — saludó la recién llegada—. Perdón, creo que me he equivocado.

— Si venía al ático del doctor Zzawa, no hay error posible, señorita — manifestó Kane—. Pero lamento informarle que está ausente.

La pelirroja hizo un gesto de contrariedad.

— Ya me parecía a mí que esta noche iba a llevarme un fracaso — dijo.

— Lo siento, señorita. Perdón, me llamo Kane, Rob Kane. Le presento a Syra Eulard.

— ¿Qué tal? — dijo Syra.

— Hola — contestó la otra—. Yo soy Xavia Hinton. — Se encogió de hombros—. Bueno, parece ser que las prisas le acometieron demasiado pronto al doctor.

— ¿Sabía usted que tenía que marcharse, señorita Hinton?

— Eso creo. Él mencionó algo de la P. T. E. 40, pero no sé más.

— Los ojos de Syra chispearon.

— Es una pista magnífica, Rob — dijo—. El doctor Zzawa va a viajar utilizando una puerta de tránsito espacial instantáneo.

Kane se quedó con la boca abierta.

— Pero eso es…

— Ya hablaremos luego — cortó Syra—. Señorita Hinton, permítame que le exprese mi más sincero agradecimiento por sus informes.

— He perdido la noche — masculló la pelirroja.

— No del todo — sonrió Kane.

Se acercó a Syra y abrió su bolso, del que extrajo un par de billetes. Luego se los entregó a Xavia.

— Por las molestias, hermosa — dijo—. Y también por tu discreción.

Xavia le dirigió una tórrida mirada, mientras guardaba el dinero en un bien conformado escote.

— Lástima que ya tengas compañía — susurró.

— Lo siento — replicó Kane sonriendo.

Xavia se dirigió hacia la puerta con gran contoneo de caderas. Antes de salir, Kane se acordó de una cosa.

— Por favor, señorita Hinton, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Ella le miró por encima del hombro.

— Cuando me invitó a cenar, Zzawa me dio la clave de su ascensor privado. ¿Satisfecho?

— Del todo, guapa.

La puerta se cerró. Syra y Kane quedaron nuevamente a solas.

Kane se frotó las manos.

—Bueno, creo que ya es hora de que me premie con una copa de champaña — exclamó alegremente.

* * *

Sólo cuando se acercó a Syra, se dio cuenta de que la muchacha estaba roja de indignación.

— ¿Qué te pasa? — preguntó, extrañado.

Ella explotó al fin:

— ¡ Sinvergüenza! ¡ Atreverse a pagar con mi dinero a una… una…! ¿Es que has perdido la noción del decoro? ¡Le has dado cuatrocientos créditos!

Kane no se inmutó.

— Pero bueno, ¿qué es lo que te molesta a ti: que haya pagado a Xavia o los cuatrocientos créditos que valían sus informes?

— Las dos cosas. Ella nos lo había dicho todo ya…

— Y cuatrocientos créditos le taparán la boca — cortó Kane, mientras se llevaba la copa a los labios. Tomó un par de tragos y dijo —: ¿Lo comprendes ahora?

Syra remoloneó todavía un poco. Luego agarró su copa y bebió también hasta vaciarla.

— De acuerdo, olvidémoslo—dijo al cabo.

— Me costará mucho — contestó Kane—. Tú me estás defraudando más de lo que yo pensaba. No te suponía tan avara…

— Tengo que dar cuentas del último décimo de crédito que gasté en mi misión—se defendió ella.

— Me parece que tu Ministerio de Espías o lo que sea es muy

pobre—dijo él en tono insultante—. Pero, al menos, tendrás fondos suficientes para pagar dos pasajes en una puerta de tránsito espacial.

—Por supuesto. Y eso me hace preguntarme adonde habrá podido ir el doctor.

Kane tomó una segunda copa. Luego tomó a la joven por el brazo y la empujó hacia la terraza.

—Xavia mencionó la cifra cuarenta y, que yo sepa, cada puerta de tránsito tiene un punto de destino asignado de manera invariable — contestó.

Momentos después, entregaban los propulsores en la tienda. Luego salieron a la calle.

—Pediremos esa información desde mi casa — indicó Kane.

— De acuerdo.

* * *

— La puerta de tránsito espacial número cuarenta está asignada a los viajes a Wee-Wee— dijo la cinta de información.

— Ya lo has oído, Syra. — Kane se volvió hacia la muchacha—. Zzawa va o tiene la intención de dirigirse a Wee-Wee.

Ella se mostró muy preocupada.

— ¿Por qué allí, precisamente? — murmuró.

Kane se encogió de hombros.

— Wee-Wee es un mundo completamente nuevo para mí — dijo —. ¿Lo conoces tú?

— Si te refieres a haber estado allí, la respuesta es negativa. Pero te diré que Wee-Wee es un planeta libre e independiente, que no está asociado a ninguna Liga o Confederación de planetas o de sistemas planetarios.

— Eso me huele a neutralidad, Syra.

— Justamente.

— Y un planeta neutral, ¿no es una especie de «tierra de nadie», donde todo el mundo puede refugiarse sin temor a ser perseguido?

— Así es, Rob.

Kane hizo un gesto de desaliento.

— En ese caso, creo que has perdido la partida — dijo.

— Todavía la estoy jugando—declaró ella resueltamente. Tomó

su bolso y se dirigió hacia la puerta —: Voy a sacar los pasajes para Wee-Wee. No sé cuánto tardaré, pero tú puedes continuar ensayando.

— Te equivocas — contestó Kane.

— ¿Cómo? ¿No quieres continuar aprendiendo a tocar la cítara?

— Mañana por la mañana, cuando me levante. Es hora de dormir, preciosa.

Syra hizo un gesto de contrariedad, pero acabó por resignarse. Abrió la puerta y salió del departamento. Y Kane hizo justamente lo que acababa de anunciar: meterse en la cama.

* * *

— Muy bien — dijo la voz, de tonos suaves y persuasivos —. Ahora vamos a ensayar el «Concierto para danza en sol mayor sostenido», Opus 316, de Kranikar. Preste atención…

Kane prestaba atención a la fuerza, situado bajo el casco que le transmitía las indicaciones grabadas en la reproductora situada a su izquierda. La mente, en trance de hipnosis, se tomaba sumamente receptiva y apenas si fallaba una sola nota en su interpretación.

La situación en que se hallaba le impidió oír el ruido de la puerta al abrirse. Sin embargo, los tres sujetos que penetraron en la estancia acto seguido no hicieron el menor ruido.

Eran hombres de gran corpulencia, aunque vestidos con indumentaria corriente. Los tres se pararon a pocos pasos del forzado citarista.

—No nos ha visto — dijo uno de ellos.

— Ni nos oye — añadió otro.

El tercero levantó una manó.

— Está aprendiendo a tocar la cítara bajo hipnosis— declaró—. Es justamente lo que necesitábamos.

Se acercó a la reproductora y tomó un auricular supletorio, mientras que con la otra mano hacía señas a sus acompañantes de que esperasen. Pasados unos minutos, la cinta grabada emitió los últimos compases del concierto.

Entonces, el sujeto tomó un micrófono, pulsó dos teclas, dio media vuelta a una llave y, con voz persuasiva, dijo:

— Duérmete… duérmete… Rob Kane, tienes que dormir hasta

que yo te ordené despertarte… Duérmete… duérmete…

La cabeza de Kane se dobló sobre su pecho a los pocos minutos. Satisfecho, el hombre dio una orden:

— Ya podéis cargar con él — dijo.

CAPÍTULO VI

Kane abrió los ojos y se sorprendió muchísimo al verse tendido en una cama, situada en una estancia que, evidentemente, no era su dormitorio. Levantó la cabeza un poco y divisó a tres hombres parados a los pies de la cama.

— Hola — dijo—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

El hombre que estaba en el centro sonrió.

— Resultaría más correcto preguntar qué hace usted aquí, señor Kane — contestó—. Pero primero, permítame que me presente. Soy Nest Ordv, de Sciar X. Mis… amigos Jirt Keld y Trem Mantvey.

Kane captó en el acto el matiz de la palabra «amigos». Subordinados, era la definición exacta, dedujo.

— Mucho gusto, señor Ordv—dijo—. Tengo la impresión de que he sido traído a la fuerza.

— Y sumido en mí tranquilo y apacible sueño, que nos ha evitado molestias — contestó Ordv sonriendo.

— ¿Me dieron alguna droga?

— Usted aprendía a tocar la cítara bajo hipnosis. Cuando terminó el concierto grabado y antes de que despertase, yo le ordené, por mediación de la misma máquina, que se durmiera. Obedeció, naturalmente… y ahora está aquí.

— ¿Dónele es ese «aquí»? — preguntó Kane.

Ordv se sentó en una esquina del lecho.

— Permítame que me reserve la respuesta — dijo—. En cambio, me desagradaría muchísimo que usted no quisiera contestar a mis preguntas.

Kane entornó los ojos.

— ¿Sobre qué han de versar sus preguntas? — quiso saber.

— Sobre su proyecto de «Sol Encadenado», en conexión con el motor del doctor Zzawa — respondió Ordv.

Kane meditó unos instantes.

— Antes ha dicho usted Sciar X — habló al cabo.

— En efecto.

— Luego no es de Arimex I ni de Jaitsun VIH.

— Sciar X también está interesado en el juego — sonrió Ordv.

— Respiró aliviado. Creí que me iban a preguntar por el paradero de Syra Eulard.

— Es un peón de poca importancia — manifestó Ordv—. Usted la tiene mucho mayor para nosotros.

—¿Sí? Muy interesante — dijo Kane en tono cáustico.

— Imagínese — respondió Ordv sin pestañear —. Su proyecto ofrece unas perspectivas nuevas en la era de los viajes interestelares. En combinación con el motor Zzawa, porque, sin él, su generador no pasaría de ser una fuente de energía más o menos barata.

— Segura y de pequeñas dimensiones y con un gasto casi nulo; no olvide usted esas buenas cualidades, señor Ordv.

— Las tengo bien presentes, amigo Kane. Figúrese, el sistema de propulsión Kane-Zzawa. Se harían ustedes célebres y ricos.

— ¡Hum! —dudó el joven—. No acabo de caer en la tentación.

— ¿Por qué no? Le ofrezco una verdadera fortuna…

— ¿Era necesario que me secuestrase para comprar mi proyecto?

— Tenemos algunas dudas sobre su aquiescencia. Queremos aseguramos de que dirá que sí a nuestras propuestas.

Kane hizo un gesto con la cabeza.

— Hay algo que no acabo de entender — dijo.

— ¿Qué es? — preguntó Ordv.

— El sistema de propulsión que usted ha mencionado hace unos momentos. ¿Para qué lo quieren si hay puertas de traslación instantánea?

— Casi esperaba que me hiciese esa pregunta, amigo Kane — declaró Ordv—. Tengo la sensación de que no está muy al corriente de la astronáutica actual, ¿verdad?

— Así, así — reconoció el joven.

— Bien, no en todos los planetas se pueden instalar las P. T. E. En la Tierra sí, desde luego, pero hay muchos otros mundos con los cuales es preciso comunicarse por medio de astronaves. Las dificultades que se presentan a veces para la instalación de las P. T. E. dependen sobre todo de la naturaleza del planeta, proximidad de otros cuerpos celestes, intensidad de la gravedad, cantidad de radiación emitida por las estrellas próximas… En algunos casos, la mayoría, mejor dicho, las dificultades son insuperables y es preciso continuar utilizando astronaves.

— Ahora ya lo entiendo mejor — dijo Kane —. Siga, Ordv.

— Bueno, ya no hay mucho más que hablar. Entre la Tierra y Sciar X no puede haber P. T. E. y los mismo pasa con Sciar y la mayoría de los planetas con quienes mantenemos relaciones. La Tierra tiene montadas cincuenta y dos puertas, la mitad de las cuales, como usted no ignora, son de ida y la otra mitad de vuelta. Cada puerta sólo se puede utilizar en un sentido y siempre en el mismo.

— Lo sé. ¿Qué más?

— Sciar X sólo dispone de ocho puertas, cuatro de salida y cuatro de llegada. Imagínese lo que es para nosotros disponer de una flota de astronaves rápida, barata y, sobre todo, segura.

— Ya entiendo. Y ustedes quieren que yo les comunique mis descubrimientos sobre el proyecto…

—Justamente—sonrió Ordv—. ¿Verdad que lo hará?

— ¿Qué pasaría si me negase?

Ordv se puso en pie.

— Vamos a dejarle solo unas horas para que reflexione— dijo—. Después vendremos a buscar su respuesta.

— ¿Qué harán si les digo que sí?

— Le instalaremos aquí un gabinete de trabajo, con laboratorio adjunto, en el que disponer de todo cuanto necesite para la culminación de su proyecto. Al terminar, se le entregarán diez millones de créditos, más un contrato que establecerá una cantidad porcentual por utilización de su patente. Lo mismo haremos con el doctor Zzawa.

— Son unas cifras de vértigo — sonrió Kane.

— Nos gusta ser generosos — dijo Ordv.

— ¿Y si digo que no?

Ordv suspiró.

— Recurriríamos a la hiperhipnosis — contestó —. Pero no le garantizo el estado posterior de su mente al entregarnos, no de manera voluntaria, claro está, todos sus conocimientos.

Dicho lo cual, Ordv hizo una seña a sus secuaces, y los tres, sin añadir una sola palabra más, abandonaron el cuarto.

* * *

Pasaron algunos minutos.

Kane abandonó la cama en donde había estado dormido con todas sus ropas puestas.

Se preguntó qué pensaría Syra de su ausencia. Era algo secundario; lo importante, por el momento, era salir de allí.

La estancia no tenía otro hueco que la puerta. En alguna parte, sin embargo, había un sistema de renovación del aire. Kane percibía con toda claridad el debilísimo rumor de los ventiladores.

Las rejillas por donde se renovaba el aire eran demasiado pequeñas para intentar escapar por los conductores de ventilación. Debía desechar, pues, aquella vía de escape.

El mobiliario de la estancia era muy reducido: la cama, una silla y una mesa. Encima de la mesa divisó una jarra con agua y un vaso.

Nada más, salvo un pequeño cuarto de aseo, separado del dormitorio por una simple cortina.

Kane se asomó al baño. Tampoco tenía ventanas.

— Estoy apañado —murmuró.

Se sentó en la cama y continuó sus meditaciones. Ordv era un sujeto muy cortés y amable, pero había sabido captar en su actitud una nota de falsedad que le llenaba de alarma.

Si de veras les interesaba tanto el proyecto «Sol Encadenado», ¿por qué no habían tratado con él de un modo normal, en lugar de secuestrarle?

La respuesta era fácil de hallar.

Ordv le había cegado con el señuelo de los diez millones y el porcentaje posterior. Un buen cebo, evidentemente.

— Y luego, cuando haya terminado, me rebanarán el pescuezo y se quedarán tan tranquilos — masculló.

Tenía que escapar de allí, pero ¿cómo hacerlo?

Un arma… y no llevaba encima ni un mal palillo de dientes.

Estudió la mesa. Tablero sintético, con cuatro patas atornilladas a la superficie inferior.

Las patas, sin embargo, eran independientes entre sí. Kane arrugó el entrecejo, profundamente concentrado en sus reflexiones.

Al cabo de un rato, fue al cuarto de baño. Empezó a buscar entre los estantes.

—Por lo menos, me han provisto de útiles de tocador sin roñoserías — dijo, mientras abría un estuche portátil de aseo.

Casi lanzó un grito de alegría al encontrar unas tijeras y una lima para uñas. Del segundo objeto dijo:

— Si esto no sirve como destornillador, yo soy el mayor imbécil que pasea bajo la capa del cielo.

Empezó a trabajar. Un cuarto de hora más tarde, la mesa había perdido una pata.

Luego, Kane hizo algo extraño. Probó a mover la cama y lo consiguió sin grandes esfuerzos.

— Bien — dijo al terminar—, creo que el plan «Pies en Polvorosa» está ya ultimado. Ahora sólo falta la preciada colaboración de Nest Ordv y sus muchachos.

* * *

Tres horas más tarde, se abrió la puerta. Ordv, seguido de sus acólitos, dio dos pasos en el interior antes de pararse, estupefacto.

— ¿Dónde diablos está la cama? — exclamó.

— Aquí — contestó Kane, situado junto a la puerta y tras la cama, que mantenía en posición vertical con la mano izquierda.

Ordv lanzó un juramento. Kane empujó y la cama cayó sobre los dos primeros que habían entrado en el cuarto y que eran Ordv y Ketl.

Se oyeron unas atroces imprecaciones. Kane saltó por encima de la cama, mientras los dos atrapados bajo ella forcejeaban por librarse de aquel estorbo. Parado en el umbral, apenas incapaz de reaccionar, estaba el último miembro del terceto.

Mantvey se rehízo y trató de sacar una pistola. La pata de la mesa actuó a manera de garrote, arrancándole un terrible aullido de dolor.

El segundo golpe lo derribó por tierra, inconsciente. Kane divisó una escalera y corrió hacia ella, subiendo los peldaños de cuatro en cuatro.

Poco después, se hallaba en el exterior. Pudo darse cuenta de que estaba en pleno campo, pero, a lo lejos, en el horizonte, se divisaba la ciudad.

El coche de Ordv estaba en la puerta. Kane saltó al asiento del conductor, dio el contacto y partió como un cohete.

— De buena me he librado — dijo, cuando se halló en

seguridad.

Pero luego pensó que era todavía un poco pronto para sentirse optimista.

Había escapado de Ordv, pero nadie le garantizaba que el sujeto no tratase de capturarlo nuevamente. Y no convenía tampoco olvidarse de Steiduss.

— En resumen, que el panorama se presenta todo menos atractivo — resumió así sus poco satisfactorias reflexiones.

CAPÍTULO VII

Syra se paseaba como una leona enjaulada, cuando oyó que se abría la puerta. Casi gritó al ver entrar a Kane.

— ¿Dónde has estado? — preguntó—. ¿Te parece bonito suspender el entrenamiento y marcharte por ahí sin dejar siquiera uno nota escrita?

— Cálmate, nena — contestó él sosegadamente —. No te excites y siéntate.

— ¿Sentarme? Estoy que ardo…

— ¡ Pues vas a tener que calmarte o ya puedes tomar la puerta y largarte! — gritó Kane, perdida ya la paciencia—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que te ayudo porque sí y de que no soy un subordinado tuyo? Si no te metes esa idea en la cabeza, más vale que te vayas y me olvides para siempre.

Syra se quedó con la boca abierta, atónita ante la inesperada cólera del joven.

— Pero, Rob…

— ¡ Basta! — cortó él secamente —. Me está cargando tu genio y tus maneras insufribles a veces. Modifica tu actitud o te pondré de patitas en la calle.

Syra se amansó notablemente.

— Está bien, Rob — dijo —. Admito que me he pasado un poco de la raya, pero, en ocasiones, no puedo más y los nervios…

— ¡ Pues vaya una espía de tres al cuarto, que se deja traicionar por los nervios!—contestó Kane despectivamente, mientras se dirigía al bar—. Y, además, contando cada décimo de crédito como si tuvieras que pagar los gastos de tu bolsillo. En cuestión de espías, eres de lo más divertido que he visto en todos los días de mi vida, Syra.

— Por favor, basta ya — suplicó la joven —. Dime dónde has estado, te lo ruego.

— Me secuestraron. Por fortuna, he podido escapar.

Syra abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿Secuestrado? — exclamó.

— Debes saberlo — dijo Kane —. Sciar X ha entrado también en

el juego.
— ¡Sciar X! No puedo creerlo, Rob.
— Es rigurosamente cierto, a menos que mis secuestradores hayan mentido, cosa que no tenían por qué hacer.
— El asunto se complica — murmuró Syra en tono preocupado.
— Y tanto que se complica. Ha estado a punto de costarme el pellejo.
—¿Quisieron matarte?
— De momento, no, claro, pero lo hubieran hecho algún día. Querían que les vendiese el proyecto «Sol Encadenado».
— Y te negaste.
— Sí.
— ¿Ofrecieron buen precio?
— Depende de lo que se considere buen precio. Además, era sólo una oferta. ¿Daría Arimex I diez millones?
Syra dudó.
— Yo no soy el ministro de Finanzas — contestó—. Pero es un precio…
Kane soltó una risita.
— La prima del seguro de cada astronave vale cinco veces más — dijo—. Sólo con que el Star Lloyd's rebaje la prima a la mitad, Arimex saldría ya ganando quince millones.
— Veinticinco.
— No, porque diez le costaría mi proyecto. Pero no es seguro que lo venda por esa cifra.
Syra le dirigiré una mirada intencionada.
—Tampoco tú te sientes muy altruista — dijo.
— La cantidad de materia gris que he consumido en estos últimos años vale mucho más — sonrió Kane —. Pero como todavía no ha llegado la hora de vender el proyecto «Sol Encadenado», hablemos de otras cosas.
— Sí, Rob.
— Del viaje a Wee-Wee, por ejemplo.
La cara de la joven se animó.
— Entonces, ¿quieres seguir en el asunto? — preguntó, esperanzada.
—¡ Naturalmente!
Ella saltó de su asiento y, colgándose de su cuello, lo besó con

fuerza.

— Lo haces por mí, cariño.

— No del todo, guapa. Hay otros motivos que me impulsan a ir a Wee-Wee.

— ¿Cuáles son? Dímelo, por favor.

—Resultará interesante hablar con el doctor Zzawa. Si su invento resulta factible, será estupendo montar en las astronaves nuestro sistema de propulsión.

—El sistema Kane-Zzawa — dijo Syra.

— ¡ Qué casualidad! — rió él —. Nest Ordv lo llamó de la misma manera.

— ¿Quién es Nest Ordv?

— El agente de Sciar X. Un sujeto muy culto, muy educado… y también muy peligroso. Como Larm Steiduss, por supuesto.

— Tú y el doctor sois dos hombres muy interesantes y no en el aspecto físico solamente — dijo la joven.

Kane la atrajo hacia sí.

— Syra, de momento, fíjate sólo en mi físico — pidió intencionadamente.

Ella volvió a abrazarle.

— ¿Qué te crees que estoy haciendo? — contestó.

* * *

Kane refunfuñó mientras, cargado con el enorme fundón que contenía la cítara, atravesaba la vasta sala de la estación espacial de tránsito instantáneo, junto con Syra. Un empleado llevaba los equipajes tras ellos.

La gente se agolpaba ante los distintos mostradores y ventanillas, sacando pasajes o pidiendo información. Abundaban los cambistas de monedas de todos los planetas y en los puestos de «souvenirs» el aflujo de clientes era incesante.

Los altavoces bramaban, pronunciando los números de los pasajes y los viajeros acudían a situarse en la plataforma inmediatamente anterior a la puerta de tránsito instantáneo. Los policías vigilaban con ojo atento a todos cuantos se movían bajo las amplias naves del edificio.

Syra había comprado ya los pasajes, por medio de los cuales

entregaron los equipajes en el departamento de expedición de objetos inanimados. Firmaron una declaración, en la que se expresaba que en el equipaje no viajaba ningún animal vivo, y luego se dirigieron al bar, a fin de entretener la espera.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, el altavoz llamó:

— Número ocho seis seis. Número ocho seis siete.

— Esos son los nuestros — dijo Syra.

Kane abonó las consumiciones y ambos se dirigieron hacia uno de los lados de la enorme sala, en donde había una plataforma situada a cuatro o cinco metros del suelo y a la que se accedía por una escalerilla de metal.

La puerta estaba arriba, en el centro de la plataforma. Era una especie de aro gigantesco de metal, que parecía un segmento de tubo, de tres metros de diámetro por dos de longitud. En el interior, había numerosos puntos brillantes de relieve semiesférico, cubriendo casi toda la superficie interna del aro.

A un lado, estaba el pupitre de mando, manejado por un empleado. Otro comprobó los pasajes de la pareja.

— Está bien—dijo el sujeto—. Coloquen los pies en los lugares señalados A y B.

— Gracias.

Kane y Syra se dirigieron hacia el aro. De pronto, se oyó un grito.

— ¡Eh, esperen! — dijo alguien que corría hacia la plataforma —. Tengo el número ocho seis cinco…

El revisor de pasajes le cerró el paso.

— Deberá esperar al siguiente envío, señor — dijo con cortesía.

— Pero es que me he retrasado…

— Por eso precisamente, señor. Hay dos pasajeros ya en la puerta y no se les puede pedir que abandonen su puesto. Tenga un poco de paciencia, señor; usted irá en el siguiente envío.

El viajero retrasado pareció resignarse. La mano del revisor hizo un gesto y el controlador se inclinó sobre su pupitre.

Kane y Syra se habían colocado en los lugares señalados. De pronto, vieron que todos aquellos puntos luminosos se encendían con un resplandor vivísimo.

Millones de agujas les taladraron la epidermis. La luz se hizo insoportablemente fuerte. Un bramador torbellino les envolvió con

sus rugientes ondas.

De repente, se sintieron lanzados a un pozo sin fin, proyectados por una fuerza inmensa. Durante algunos segundos, dejaron de ver y de oír.

No sentían nada. No existían. Las moléculas y los, átomos de su cuerpo revoloteaban en una vertiginosa danza, viajando a velocidades increíbles por el universo, atraídos por la puerta de llegada.

De pronto, volvieron a la consciencia. Nuevamente sintieron los alfilerazos. Vieron las luces de nuevo y oyeron los ruidos y las voces.

— Bien venidos a Wee-Wee, señores — dijo una grata voz femenina.

Kane parpadeó.

— ¿Ya hemos llegado? — dijo, asombrado.

— Está usted en Wee-Wee, el planeta de la paz y la amistad, señor —anunció una bonita azafata —. Le deseamos que disfrute de una grata estancia en nuestro mundo.

— Muy amable, señorita — sonrió Kane —. ¿Cómo te encuentras, Syra?

— Me preocupa más saber cómo te encuentras tú — contestó la muchacha—. ¿Qué tal el viaje?

— ¡ Uf! — contestó él —. Todavía no acabo de creérmelo. ¿Cuál dices que es la distancia de la Tierra a Wee-Wee?

— Ciento ochenta y dos años luz, querido.

Kane silbó.

— Esto parece cosas de brujas — comentó.

La azafata les acompañó hasta la escalerilla, indicándoles que debían esperar la llegada de los equipajes. Mientras, añadió, podían elegir un alojamiento en el mostrador correspondiente, cuyo empleado les aconsejaría sobre los hoteles de la capital.

Kane y Syra descendieron la escalerilla y se dirigieron al mostrador de información de alojamientos. Apenas habían dado dos pasos, se oyó un raro zumbido.

Alguien gritó agudamente. La azafata de llegada emitió un horrible chillido.

Varios chispazos brotaron del exterior del aro. El zumbido se convirtió de repente en un horrendo «ssschop».

Una espantosa lluvia brotó del interior del aro. La azafata huyó, lanzando alaridos. Millones de partículas sanguinolentas brotaron del aro y fueron esparcidas a gran distancia. La gente corría y gritaba, despavoridos de terror.

Kane sintió un golpecito en la mejilla. Instintivamente, se llevó los dedos al lugar afectado y los retiró con las yemas teñidas de rojo. El suelo, alrededor de la salida de la puerta espacial, era todo un charco de pasta semilíquida de color escarlata.

La serenidad empezó a imponerse al cabo. Sonaron las primeras sirenas de alarma.

CAPÍTULO VIII

Desde la terraza que correspondía al cuarto del hotel donde se alojaban, Kane contemplaba el bullicio de las calles de la capital de Wee-Wee.

Era un continuo movimiento de gentes de todas las cataduras y todos los tipos, que fluían sin cesar, atestando aceras y calzadas. El tránsito se hacía muy dificultoso.

Pasaban mercaderes, soldados, pillos, vendedores, mujeres pintarrajeadas… una espesa y variada fauna que vivía de la neutralidad del planeta. Todo estaba permitido en Wee-Wee y no existían prohibiciones y barreras para lo que una persona podía hacer, con tal de respetar las leyes del planeta, por otra parte sumamente flexibles y acomodaticias.

Lo único que no se podía hacer era violar la neutralidad de Wee-Wee. Entonces, el castigo era rápido y expeditivo: pena de muerte. Un disparo de pistola vibratoria cortaba en seco cualquier veleidad que supusiera quebrantamiento de la neutralidad.

La puerta de la habitación se abrió. Kane volvió la cabeza.

— ¡Ya he conseguido un contrato! — exclamó Syra,

— Magnífico. ¿Dónde?

— Es un local llamado «Eva's». Buen sitio y buen contrato.

Kane sonrió divertido.

— Compaginar lo útil con lo ameno, ¿verdad? Lo ameno es el sueldo que te va a pagar el dueño de «Eva's».

— Aunque no te lo creas, el sueldo es lo de menos en esta ocasión — contestó Syra—. «Eva's» es uno de los lugares más concurridos de la capital y ya estoy trabajando a una de las camareras para que me diga algo del doctor Zzawa, en cuanto lo sepa o lo vea.

— No eres tonta—sonrió Kane—. ¿Cuándo empezamos?

— Mañana por la noche. Hoy te pasarás el día ensayando las cuatro o cinco piezas más fáciles de mi repertorio.

— Sí, pero con una condición.

— Dime, Rob.

— Tú me vigilarás. Ya sabes que mientras ensayo estoy bajo

hipnosis y no tengo ganas de un segundo secuestro.

— No hay objeción, Rob — contestó Syra—. Y yo también ensayaré

— Lástima, no podré ver cómo bailas — suspiró él.

Syra avanzó hacia Kane y se colgó de su cuello.

— ¿No me tienes ahora a tu lado? — preguntó, mimosa.

Hubo un momento de silencio. Después de que los labios de la pareja se hubieron separado, Kane dijo:

— Syra, hay veces en que todavía siento escalofríos.

— ¿Por qué, cariño?

— Imagínate que hubiesen atendido la reclamación de aquel pasajero retrasado. ¿Sabes quiénes se hubieran convertido en aquella espantosa lluvia de partículas de carne y huesos desintegrados?

Syra se estremeció.

— Nosotros — dijo con voz opaca. Luego añadió —: Nunca había oído hablar de un fallo en una puerta de tránsito instantáneo.

—¿Estás segura de que fue un fallo?

Syra le miró fijamente.

— ¿Crees… que fue intencionado? — preguntó.

—Estoy seguro de ello, Syra.

— Explícate, Rob.

— Nuestros pasajes tenían los números ochocientos sesenta y seis y sesenta y siete. Como el ochocientos sesenta y cinco no se había presentado por el retraso que sufrió, nosotros ocupamos su puesto, es decir avanzamos un lugar en el orden de viaje.

— Es cierto, Rob.

— Ese orden es meramente formulario, podría decirse. Pero el que manipuló en la puerta lo tenía todo preparado para que el fallo se produjese justamente cuando los pasajeros números ochocientos sesenta y seis y sesenta y siete estuviesen bajo el aro. Pero, en realidad, nosotros viajamos con el número ochocientos sesenta y cinco. ¿Lo comprendes ahora?

Syra asintió en silencio.

— Querían eliminarnos, cariño — añadió él —. Sobre eso, no te debe quedar la menor duda.

— Si, Rob, pero ¿quién fue?

— Steiduss, claro. O también pudo ser Ordv. Uno de los dos,

pero eso poco importa ahora. Lo que importa es que estamos vivos... y que me parece que para rato me pescan a mí viajando otra vez en una de esas diabólicas puertas, Syra.

* * *

Abundaban los clientes en el «Eva's». Para Kane, sin embargo, la situación no estaba demasiado clara, pese a que había actuado ya con relativo éxito en las dos primeras danzas de Syra.

Les habían aplaudido bastante, sobre todo, a la joven. Pero el público era muy distinto del de «Los 7 Soles». Había veces en que Kane sentía miedo.

Ocupaba un camerino contiguo al de Syra. Alguien llamó de pronto a la puerta.

— Es la hora — anunció el avisador.

Y repitió la misma operación en la puerta de Syra.

Kane se dispuso a salir. Cuando lo hacía, vio que una mujer abandonaba el camerino de Syra.

Frunció el ceño. Syra apareció instantes más tarde, con una radiante sonrisa de satisfacción.

—¿Buenas noticias? — adivinó él.

— Si, pero ya te contaré luego. Ahora tenemos que actuar.

Salieron al escenario. Kane rasgueó la cítara y Syra inició su actuación.

Durante unos minutos, Syra danzó en medio de un religioso silencio. De repente, se oyó una voz insultante :

— ¡ Que echen a ese saltamontes a la basura!

Syra perdió el compás un instante. Kane dejó escapar una nota falsa.

Sonaron algunas risitas. En voz baja, Syra dijo:

— Vamos, no hagas caso; siempre hay tipos «graciosos» que pretenden llamar la atención.

Kane siguió tocando y ella reanudó el baile. Alguien acanutó los labios, se puso dos dedos delante y emitió un sonido muy parecido al gruñido de un cerdo.

Volvieron a sonar las risas. Un chusco dijo:

— ¿Por qué no han contratado un elefante? Bailaría con más gracia que esa tonta.

Syra se enfureció.

— Si quieres que baile un elefante aquí, trae a tu padre — contestó.

Se oyeron más risas. Otro cliente gritó:

— Esa cítara parece una puerta sin engrasar. ¡ Que la quemen!

El ruido y el alboroto eran cada vez mayores.

—¡ Esto es una estafa!

— Ella no tiene idea de lo que es la danza.

— ¿Estás tocando la cítara o soldando remaches de hierro?

El dueño del local se tiraba de los pelos. Syra se puso pálida.

— Lo hacen a propósito — dijo.

— ¡ Nos están robando!

— ¡ Ladrones! Lo que hacéis es un timo.

— ¡ Vamos a echarles al río!

Tres o cuatro individuos corrieron hacia el escenario, alborotando a voz en cuello. En las mesas empezaron a producirse las primeras peleas.

Kane frunció el ceño. Ahora veía claramente que se trataba de una conspiración urdida contra ellos.

Dos hombres saltaron al escenario. Uno se arrojó sobre Syra.

Kane cargó con la cítara, golpeándole en pleno pecho con tremenda violencia. El individuo salió proyectado y cayó sobre una mesa que se deshizo en astillas.

El escándalo era inenarrable. Más tipos subieron al escenario.

De pronto, Kane vio el brillo de un puñal.

El enorme instrumento describió un veloz semicírculo y se disolvió en un fragoso estallido de maderas. Dos hombres volaron por los aires y abandonaron el escenario contra su voluntad.

Kane usó su pie derecho. Alguien se retiró a un rincón a meditar sobre la fragilidad de su bajo vientre.

Una mano se alargó hacia Syra. Kane agarró el brazo, levantó la rodilla y golpeó hacia abajo. Dos huesos chasquearon y su dueño chilló como un energúmeno.

En la sala reinaba un pandemónium indescriptible. Kane agarró a la joven por un brazo y tiró de ella, huyendo del escenario.

El dueño les aguardaba entre bambalinas, tirándose de los pelos.

— Me han arruinado… Tendrán que pagar…

— Empiece a cobrar — dijo Kane.

Y disparó su puño derecho con todas sus fuerzas.

Luego siguió tirando de Syra hacia la salida.

— ¡ Rob! ¡ No puedo ir así por la calle! — se quejó ella.

— Una de las cosas buenas de Wee-Wee es la libertad de indumentaria — masculló Kane, que no soltaba la mano de Syra un sólo momento.

Buscaron la puerta de artistas. Momentos después, se hallaban en el exterior.

—¡Bonita situación! — dijo Syra, furiosa.

— Tienes el pellejo intacto, así que no te quejes. ¡Vamos!

En medio de todo, pensó ella, Kane tenía razón. Y nadie la miraría sólo por el hecho de ir muy poco vestida por la calle. En Wee-Wee había quien llevaba menos ropa todavía.

* * *

Finalmente y sin más contratiempos, consiguieron llegar al hotel.

— Menos mal — dijo Kane, respirando aliviado al cerrar la puerta del cuarto —. ¡ Qué suerte he tenido!

— ¿Sólo tú?—preguntó ella irónicamente.

— Si. Lo digo porque ya no tendré que tocar más esa maldita cítara.

— Vaya — se enojó Syra—. Yo creí que lo decías porque habíamos conseguido escapar sanos y salvos.

— Gracias a la cítara — sonrió él.

— Se ha hecho astillas, Rob.

— Cosa que me produce un vivísimo placer—afirmó él, muy serio—. Y ahora, dime, ¿qué sabes de ese sinvergüenza de Zzawa?

— Está en el Throg-Surhi, Rob.

—¿Qué es eso, Syra?

— Imagino que debe de ser un hotel, pero no he conseguido más datos. Mi informadora no pudo dármelos — contestó Syra.

Kane se mordió el labio inferior.

— Está bien — dijo—. Mañana por la mañana saldré yo en busca de informes.

— ¿Por qué no preguntas a recepción? — sugirió ella.

— Es cierto. Aguarda un momento.

La consulta tuvo una respuesta negativa: en recepción no habían oído hablar nunca del Throg-Surhi.

CAPÍTULO IX

Por la mañana, Kane, después de desayunar, se dispuso a salir en busca de los informes deseados.

Syra quiso acompañarle. Kane se negó.

— Hay cosas que un hombre hace mejor solo — arguyó.

Momentos después, estaba en la calle. Caminó cosa de quinientos metros, hasta encontrar lo que buscaba:

LAS 1.001 CARAS
ENTRE FEO Y SALGA GUAPO
(Precios moderados)

Kane empujó la puerta de la tienda. Una hermosa dependiente acudió a atenderle.

— Señor…

— Quiero cambiar de cara. Y también de ropajes —expresó Kane.

— ¿Tiene predilección por algún rostro, señor?

— Cualquiera, con tal de que no sea el que tengo ahora.

— Muy bien, señor. ¿Me permite tomarle las medidas craneales y faciales? Siéntese aquí, por favor.

La dependienta le indicó un sillón, en el que Kane se sentó. Luego tomó un casco de una estantería y se lo colocó sobre la cabeza.

El casco era de forma cúbica externamente y se apoyaba sobre sus hombros, impidiéndole la visión por completo. Kane sintió en seguida como si unos dedos de tacto muy suave recorriesen su cabeza y su cara.

Momentos después, la chica levantó el casco y leyó las indicaciones obtenidas en un marcador situado en la parte delantera.

— Ya tengo sus medidas, señor — dijo —. Ahora sólo falta que elija su nueva cara. ¿Quiere ver modelos?

— Con mucho gusto.

La dependienta le colocó ante una gran pantalla, en la que

empezaron a aparecer rostros de todas las cataduras. Kane dejó pasar unas cuantas imágenes, hasta que vio una cara cuyo aspecto le agradó en el acto.

—¡Alto!— pidió—. Elijo esa cara:

— Muy bien, señor. ¿Quiere ver trajes?

— Me bastará con que sea uno de apariencia más bien discreta.

— Perfectamente, señor. ¿Quiere pasar a los vestuarios?

Minutos más tarde, Kane se había transformado en un hombre totalmente distinto. Abonó el importe de la compra y se dispuso a abandonar la tienda.

— Por aquí, señor — indicó sonriendo la dependienta.

— Esta no es la salida…

— Usted ha entrado con un aspecto y saldrá con otro. Por tanto, debe usar la puerta posterior.

— Entendido — sonrió Kane —. Gracias por todo, señorita.

— A usted, señor.

Minutos más tarde, Kane se movía por la ciudad seguro de no ser reconocido, al menos, en la forma habitual. Quizá, con su nuevo aspecto, se dijo, consiguiera mejores resultados.

* * *

Una brigada de operarios se esforzaba por reparar los desperfectos causados en el «Eva's» por el motín de la noche anterior. El mostrador, sin embargo, ofrecía un aspecto normal.

Kane había recorrido prácticamente la ciudad, sin obtener ningún resultado. Cansado de dar vueltas en vano, había recalado en el «Eva's».

Una copa le reconfortó notablemente. Kane se dio cuenta de que el local estaría listo por completo para la noche.

Un hombre entró de pronto y miró a todas partes. Vio a Kane y se dirigió hacia él con paso decidido.

— Hola, jefe — murmuró en voz baja—. Traigo noticias para usted.

— ¿Sí? — contestó Kane, fingiendo indiferencia —. ¿Qué noticias, Ur-Gnoï?

— He localizado a la chica. Habitación dos dos uno, «Pacific Hotel».

— Muy bien, Ur — contestó Kane con indiferencia—. Retírate al alojamiento y espera allí órdenes.

— Bien, jefe.

Ur-Gnoï se alejó, sin sospechar el engaño. Kane continuó bebiendo.

De pronto, vio una cara que le pareció conocida.

Agitó la mano. Una camarera, de curvas opulentas, se le acercó en el acto.

— Quiero hablar contigo, guapa — expresó Kane, a la vez que enseñaba un billete.

Ella entornó los ojos.

— ¿De qué quiere hablar? — preguntó.

— De Throg-Surhi.

La camarera se ahuecó el pelo con gesto provocativo.

— Vaya al reservado número doce dentro de cinco minutos — indicó.

— Muy bien.

Kane permaneció todavía unos minutos en el mostrador. Luego buscó el lugar señalado.

La camarera llegó instantes más tarde.

— Me llamo Dlyna — se presentó.

— Steiduss — mintió Kane —. Quiero detalles de Throg-Surhi.

— Es una isla. Está a cien kilómetros de la capital, en el centro del lago Surhi.

— Entiendo. ¿Qué hay allí?

— Un hotel. Caro y muy exclusivo.

— ¿Cómo lo sabes, Dlyna?

— Trabajé allí una temporada. La dueña es Elyss Fargth. Guapa y caprichosa.

Kane entornó los ojos.

— Es curioso — dijo—. He preguntado en infinidad de sitios y nadie ha sabido darme informes de Throg-Surhi.

Dlyna sonrió maliciosamente.

— Es el nombre privado que muy pocos conocen. El nombre digamos oficial es «Hotel-en-el-Centro-del Lago». Pero si quieres alojarte allí, consulta primero en Información Central de alojamientos. Tu petición será transmitida a Elyss y ella dirá si te acepta o no.

— ¿ Qué pasa si no me acepta? — quiso saber Kane.

— No puedes ir a la isla. El lago es propiedad particular de Elyss, incluida una faja de un kilómetro de anchura a partir de la orilla.

— Puedo alquilar una canoa…

Dlyna soltó una risita.

— Inténtalo y te convertirás en un exquisito bocado para los saurios del lago — dijo.

— La canoa puede ser de metal…

— Los dientes de esos cocodrilos pulverizan el acero más duro. No puedes ir a Throg-Surhi si ella no te lo permite.

— Veremos — contestó el joven—. Pero no comprendo por qué Elyss ha podido aceptar al doctor Zzawa y a mí no.

—Elyss es una mujer muy caprichosa.

— Entiendo. También muy cruel, me imagino.

— No tiene lo que se dice un corazón tierno — sonrió Dlyna—. Si te toma antipatía, estás perdido.

— ¿Te la tomó a ti?

— Me largué de allí antes de que pudiera estimar peligrosa mi competencia.

Dlyna respiró hondo. Kane contempló el fascinador espectáculo del escote de la camarera, cuyos encantos se complacía ella en poner en relieve.

— Sí — convino—, me imagino que debías ser una peligrosa competidora para Elyss.

Sacó otro billete y lo puso en el escote de Dlyna.

— Te vas — dijo ella, decepcionada.

— Lo siento, pero tengo que hacer. Volveré otro día.

— Aquí estaré — contestó Dlyna, haciendo aletear sus espesas pestañas.

Kane abandonó el reservado y alcanzó el salón principal. Había un grupo formado por tres o cuatro hombres, que contemplaban los trabajos de los operarios.

De súbito, uno de los individuos miró hacia Kane y lanzó un grito, a la vez que le señalaba con el índice:

— ¡Ahí está! ¡Ése es, jefe!

* * *

Kane se quedó parado al oír el grito. Los cuatro hombres avanzaron a una hacia él. Su actitud era muy poco tranquilizadora.

— Usted es el tipo que organizó anoche el escándalo que casi me arrumó — dijo uno de los individuos.

Kane comprendió que se hallaba ante el dueño del «Eva's». Era un mal asunto, se dijo.

— Yo creo que se equivoca… — sonrió forzadamente.

— Tengo muy buena vista, amigo — insistió el dueño—. ¿Cree que no le vi azuzando a la gente? Había dos tipos con usted que repartían billetes a mansalva. ¿Por qué lo hizo?

Kane se acordó repentinamente de que tenía un nuevo aspecto facial. Haciendo un esfuerzo, consiguió reprimir una carcajada.

— Escuche, amigo, le diré una cosa…

El dueño del local empezó a subirse las mangas.

— Yo sí que le voy a decir a usted otra y muy poco agradable — atajó—. Los desperfectos me costarán dieciocho mil créditos y a mí no me importa en absoluto que usted esté celoso de la bailarina. O paga o…

De pronto, con el rabillo del ojo, Kane vio entrar a tres individuos en la taberna. Una idea salvadora acudió de pronto a su mente.

— ¡Aguarde un momento, amigo! —exclamó—. Es cierto que yo organicé el jaleo, pero no lo hice por voluntad propia, sino porque me lo ordenaron. Mire, allí tiene usted a mi jefe. Él fue quien me dio la orden de armar gresca y…

El dueño del local se volvió hacia Nest Ordv y sus esbirros.

— Sí, ése, ése es — insistió Kane, mientras iniciaba una discreta retirada.

— ¡A ellos, muchachos! —gritó el dueño de la taberna.

Kane puso pies en polvorosa. Detrás de él, pudo oír una serie de gritos e imprecaciones, junto con más roturas de muebles. Rió divertido, mientras ganaba la puerta posterior.

A su espalda quedaba un jaleo mayúsculo. De repente, cuando ya cruzaba el umbral, se tropezó con un tipo.

Steiduss parpadeó asombrado.

— ¡Notable, muy notable! —comentó—. Nunca había visto un espejo viviente de mí mismo.

— Igual le ha pasado a Ur-Gnoï — contestó Kane amablemente —. Tenía que citarse aquí con usted, ¿no?

— Sí, pero... ¡Kane! —aulló Steiduss de pronto—. ¡Usted es Kane!

— Lo firmo y lo rubrico — confirmó el joven —. Con esta pluma — añadió, a la vez que disparaba su puño derecho.

El paso quedó libre instantáneamente.

CAPÍTULO X

Syra pegó un chillido que hizo retemblar las paredes cuando vio aparecer a Kane en la habitación del hotel.

Luego corrió en busca de su pistola vibratoria.

— ¡Quieta, tonta! —dijo Kane, riendo—. Soy yo, Rob.

Ella le miró atónita.

— Con esa cara…

— Es la de Steiduss, ya lo sé. Pero es que me disfracé para obtener información.

Syra respiró aliviada.

— Menos mal — contestó —. Pero ¿ por qué precisamente con la cara de Steiduss?

— Bueno, cuando la dependienta de la tienda de disfraces me enseñó algunos rostros, elegí el de Steiduss. Debe de tener un rostro muy conspicuo, porque lo han tomado para quienes quieren cambiar de aspecto.

— No hay duda de que eres idéntico a él — dijo Syra, admirada.

— Lo mismo pensó Ur-Gnoï, cariño.

— ¿Has hablado con él?

— Sí. Creyó que yo era el auténtico Steiduss y me dijo que había localizado tu paradero. Yo le ordené retirarse a su alojamiento y eso es todo. Imagino que luego se verá con el auténtico Steiduss, pero ya será tarde.

— Para encontramos aquí, ¿no?

— En efecto.

— Olvidas a Ordv — dijo Syra.

Kane rió de nuevo.

— Creo que le dolerán las costillas una temporada — dijo.

— ¿Te has peleado con él? — se asombró la joven.

— No. El dueño del local me acusó de haber provocado anoche el tumulto. Naturalmente, creía que yo era Steiduss.

— Quiere eliminarme — dijo Syra con voz sorda.

— De eso no hay duda. Bueno, el caso es que me vi en un aprieto ante el dueño del «Eva's» y sus matones, pero en aquel momento tuve la buena suerte de que entrasen Ordv y sus secuaces

en la taberna. Yo dije que había obrado por orden de Ordv y… bien, pude escabullirme, mientras el dueño y sus chicos vapuleaban al trío de lo lindo. Y en la puerta, por si fuera poco, me encontré con Steiduss.

Syra le contempló con admiración.

— Has tenido un día muy agitado, Rob — dijo.

— Pero fructífero — contestó él—. Vamos, empaqueta tus cosas; nos largamos antes de que sea demasiado tarde.

— ¿Sabes al fin dónde está Throg-Surhi? — preguntó Syra.

— En efecto.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Dlyna, la camarera que te dio anoche la información.

— A mí sólo me dijo que sabía dónde estaba Throg-Surhi, pero no añadió más detalles. Dijo que tenía prisa…

Kane sonrió.

— Tú no sabes tratar a las personas — dijo —. Y menos con tu condenado sentido de la tacañería.

Syra se encrespó.

— A saber qué has hecho tú para conseguir toda la información — dijo irritada.

— Me bastó enseñarle un par de billetes. Aunque — añadió fingiendo modestia—, también hubiera conseguido la información empleando otros medios.

— ¿Y por qué no los empleaste? — preguntó Syra.

— No me entenderías — contestó él maliciosamente—. Preferí gastarme doscientos créditos y obtuve el mismo resultado.

Syra pareció ablandarse un tanto.

— Creo que sí, que te entiendo — dijo, sonriendo de nuevo —. Bien, has dicho que nos vamos.

— Sí, a Wulla-Wulla, que es una aldea situada a dos kilómetros y medio del lago Surhi — puntualizó Kane.

* * *

Wulla-Wulla era un conjunto de casas de piedra, con tejados planos, tendido al sol que se desplomaba abrasador por la llanura. Los habitantes de la aldea permanecían casi todos recluidos en el interior de sus edificios.

Kane y Syra se habían alojado en la única posada de Wulla-Wulla. Los habitantes del lugar eran poco propicios a la curiosidad y nadie les molestó con preguntas indiscretas.

Al atardecer, salieron a dar un paseo.

El lago quedaba en una depresión, a unos cien metros por debajo del nivel de la aldea. Era un círculo de agua casi perfecto, de unos cinco o seis kilómetros de anchura.

La isla donde Elyss Fargth tenía su hotel era un pico cónico, de suaves pendientes, que sobresalía fuera del agua cincuenta o sesenta metros. El islote tenía unos trescientos metros de largo por doscientos de anchura y estaba cubierto de una espesa arboleda, que apenas impedía ver el edificio.

— Allí es donde está nuestro amigo, Syra — dijo Kane, pasándole los prismáticos con los cuales había estado observando el islote.

— Me pregunto qué habrá ido a hacer allí — murmuró la joven preocupadamente.

— Elyss es una mujer muy caprichosa. Le habrá gustado.

— Pero ahora no hay huéspedes en el hotel…

— Tanto mejor para la soledad de dos en compañía, ¿no crees?

— ¡Qué bribón! —se escandalizó Syra—. En cuanto le ponga la mano encima…

— ¿Podrás conseguirlo? — dudó Kane.

— Tú me ayudarás. Ahora estás tan interesado como yo en el asunto.

Kane suspiró.

— Es la verdad — admitió.

El lago parecía un espejo. Algo rompió súbitamente su tersura. Unas fauces de pavoroso aspecto emergieron fuera del agua.

Un pájaro incauto desapareció en la bocaza del saurio. Kane se estremeció.

— No me gustaría caer al agua durante la travesía — murmuró.

De pronto, Kane vio que una embarcación se dirigía hacia la orilla.

Syra tenía aún los prismáticos. Kane le hizo una pregunta:

— ¿Es el doctor?

— No, se trata de un hombre, pero no lo conozco — contestó ella.

Kane frunció el ceño.

— Dlyna me dijo que los saurios atacaban a las embarcaciones y que ni siquiera estando construidas de metal resistían a sus dentelladas — dijo preocupadamente.

La canoa seguía su raudo avance. Kane decidió suspender la observación.

— Regresemos a la aldea — propuso.

Estaban a unos quinientos metros de Wulla-Wulla. Cuando alcanzaban las primeras casas, vieron un curioso vehículo que entraba en la aldea.

Prácticamente, era una plataforma con ruedas y asiento para dos personas. El artefacto iba tripulado por el hombre que había llegado en la canoa, un sujeto delgado y de cara cetrina, vestido con ropas ligeras y prácticas al mismo tiempo.

El vehículo se detuvo en la puerta de la posada y su ocupante se apeó de un salto. Entró en el edificio, y Kane y Syra le siguieron instantes más tarde.

La posada tenía un bar. Cuando entraron, vieron al desconocido hablando animadamente con el dueño.

Kane hizo una seña a Syra. La joven le siguió.

— Hace calor — dijo Kane—. Dos cervezas, por favor.

— Al momento, señores.

Kane se volvió hacia el recién llegado.

— Me llamo Steiduss — se presentó—. Mi esposa, Dora.

— Mucho gusto — contestó el desconocido—. Mi nombre es Hallybar.

— Vive en la isla, creo.,

— Sí. Soy el director del hotel.

— Ah. Nosotros quisimos alojarnos allí, pero no había plazas.

— El hotel está al completo ahora — dijo Hallybar.

— Sí, eso nos dijeron. Lástima, debe de ser una lugar muy agradable para descansar.

— Lo siento, señores, otra vez será. Y ahora, perdonen, pero he de hacer unos encargos…

— Un momento, por favor, señor Hallybar — pidió Kane.

— Usted dirá, señor Steiduss.

— Tengo entendido que la travesía del lago es normalmente imposible con embarcaciones de tipo corriente.

Hallybar sonrió.

— Se puede llegar allí por vía aérea, claro es que avisando previamente, a fin de evitar la barrera de energía que protege a la isla de curiosos indeseables — contestó—. O empleando mi canoa, provista de repelente contra los saurios.

— ¿Repelente?

— Sí, ondas sonoras, de gran número de vibraciones por segundo y de elevado volumen, emitidas bajo el agua. Los saurios se apartan inmediatamente, muy molestos por el ruido.

— Entiendo. Gracias por la información, señor Hallybar.

— No hay de qué, señor Steiduss. Señora…

El hombre se alejó. Kane y Syra se quedaron a solas.

— Ya lo has oído — murmuró—. Ni siquiera por aire se puede llegar a la isla.

— Entonces, ¿cómo lo haremos? — dijo Syra desalentadamente —. Porque si es cierto lo de la cúpula de energía, los propulsores individuales que hemos traído no nos sirven para nada.

Kane se echó un buen trago al coleto. Luego contestó:

— Ya encontraremos un medio, cariño. Mientras tanto, ¿por qué no pedimos que nos traigan la cena?

* * *

La posada tenía una terraza con emparrado, desde el cual se divisaba una espléndida vista del lago. Cuanto terminaban de cenar, cayeron algunas gotas de lluvia.

— Es probable que haya tormenta — dijo el posadero, mientras cambiaba los platos.

Kane asintió distraídamente. Jugueteando con una cucharilla, Syra murmuró:

— No es difícil romper una cúpula de energía. A fin de cuentas, se trata solamente de electricidad.

— ¿Cómo lo harías tú? — preguntó Kane.

— Simplemente, lanzaría desde lo alto un hilo metálico, con un peso al extremo, para que se sumergiera en el agua. Prácticamente, formaría un cortocircuito y la cúpula saltaría. Antes de que pudieran reponer los fusibles, y esto no es cosa sencilla en los mecanismos de suministro de energía, a una cúpula de fuerza,

nosotros ya habríamos aterrizado en la isla.

¿ Qué te parece mi idea, Rob?

Kane guardó silencio, mientras consideraba la sugerencia que Syra acababa de hacerle.

CAPÍTULO XI

Syra aguardó expectantemente la respuesta del joven. Kane tenía los ojos entrecerrados, indicando con su actitud una profunda concentración mental.

— Lo primero que me gustaría saber — dijo Kane—, es cómo está instalada la cúpula de energía.

— Creo que es bien sencillo. Un primer círculo de boyas en tomo a la isla. De este círculo, parten los rayos de electricidad radiante, que constituyen la cúpula de energía. Luego hay otro vehículo de boyas exterior al primero que es como una especie de rompeolas, que evita que, en caso de temporal, la cúpula reciba salpicaduras de agua.

— Eso ya lo entiendo, pero si la cúpula parte del primer círculo de boyas, quedará un espacio entre el borde inferior y la superficie del lago.

— Cierto — admitió Syra—. Sin embargo, debes tener en cuenta que ese espacio es inferior a un metro y que no puedes pasar por debajo, sopeña de arriesgarte a recibir una dentellada de los saurios.

— Hallybar ha pasado con la canoa — alegó Kane.

— No es difícil desconectar la cúpula para que pase una persona conocida, Rob.

Kane asintió.

— Eso sí es verdad — convino—. De modo que el círculo exterior protege al interior para caso de un oleaje.

— Que en este lago nunca puede ser muy fuerte

— dijo Syra —. No hay profundidad ni superficie para que se formen olas de gran tamaño. Pero siempre es conveniente estar prevenido.

— Desde luego. Ahora bien, hay algo que me extraña, Syra.

— ¿De qué se trata, Rob?

Varias gotas de lluvia cayeron sobre la mesa. Kane se las señaló a la joven.

— Esto — respondió—. La lluvia.

— Resbala sobre la cúpula o bien se vaporiza al tomar contacto

con ella. No olvides que en la superficie de la cúpula reina una temperatura elevadísima, que no se expande, sin embargo, a más allá de unos pocos centímetros de distancia.

— Sí, eso ya lo sé. Pero si empleásemos el método del cable, podrían sospechar. Y por lo que yo me imagino, Elyss debe de ser una mujer de armas tomar.

— ¿ Tienes miedo de ella? — preguntó Syra burlonamente.

— Siento un enorme cariño por mi pellejo — contestó él, muy serio.

— En resumen, que no se te ocurre ningún medio para forzar la cúpula.

— Ojalá fuese de vidrio o de otro material sólido — se lamentó Kane —. La rompería a cabezazos, puedes creerme.

* * *

A la madrugada, algo golpeó en la mente de Kane con la fuerza de un relámpago en noche de tempestad.

— ¡Claro que sí! — exclamó, sentándose en la cama—. Tiene que dar resultado y no provocará sospechas.

Un trueno lejano retumbó a lo lejos. Afuera se oía el ruido de innumerables gotas de agua golpeando contra la tierra.

Kane alargó la mano y tomó un cigarrillo. Fumó en la oscuridad seguro de su idea.

Luego volvió a dormirse, pero como le costó un poco, se levantó tarde. Syra le recibió en el comedor con vivas muestras de impaciencia.

— Creí que te había sucedido algo — dijo.

— Para comprobarlo, te hubiera bastado con asomarte a la puerta de mi dormitorio. No estaba tan lejos del tuyo, ¿verdad?

Syra se ruborizó.

— No me escandalices — contestó maliciosamente—. ¿No has encontrado aún la solución?

— Sí — respondió él —. La tengo.

— Dímelo, pronto — rogó ella con ahínco —. No me tengas sobre ascuas, por favor.

— La solución es bien sencilla: se llama cloruro de sodio.

Syra puso cara de extrañeza.

— ¿Cloruro de sodio? — repitió.

— O sal común, como prefieras.

Hubo un momento de silencio. Fuera, la lluvia batía con fuerza.

— Si no te explicas mejor — dijo Syra al cabo de unos instantes.

— Cariño, usa la cabeza algo más que para llevar un bonito peinado — contestó él—. El sodio es un metal, ¿no?

— Sí, pero...

— Cuando se desea aumentar la conductibilidad de un líquido, generalmente agua, se le añade cloruro de sodio. Es un principio de física elemental, Syra.

Ella abrió la boca de par en par.

— ¡ Fantástico! — exclamó —. Y, ¿cómo piensas hacerlo? ¿Con una regadera?

— No seas irónica. Bastarán un par de bolsas de papel impermeable, llenas de una disolución muy concentrada de sal común. Diez o doce litros de agua en cada bolsa, con un kilo de sal. Será más que suficiente.

Los ojos de Syra se tendieron a lo lejos.

—Está lloviendo a cántaros — dijo—. Casi se ve resplandecer la cúpula...

— El agua de lluvia es dulce — le recordó él.

Syra hizo un gesto de asentimiento.

— Si, eso es verdad. ¿Cuándo? — preguntó de pronto.

— Por el día no sería prudente, creo yo.

— Muy bien. ¿A la noche?

—Después de cenar.

— Más tarde saldremos a comprar las bolsas y la sal. ¿Habrá en la aldea?

— En todo caso, la capital está a cien kilómetros solamente. Ese es un problema resuelto — aseguró Kane con tajante acento.

* * *

Los propulsores individuales estaban en un cobertizo situado en el patio posterior de la posada. Un par de horas después de la cena, Kane y Syra se deslizaron sigilosamente hacia allí, provistos de las bolsas de papel impermeable y de la sal.

La tormenta había amainado un tanto y ahora llovía

intermitentemente. Había una fuentecilla en el patio y Kane llenó las dos bolsas. Luego, con un palo, removieron el contenido de los recipientes, hasta conseguir la completa disolución de la sal.

— Me gustaría saber por qué has de usar, precisamente bolsas de papel impermeable y no un cubo de metal — dijo Syra—. O unas regaderas, como yo te había propuesto, menos irónicamente de lo que tú crees.

— La respuesta es bien sencilla. No puedo utilizar una regadera porque alguno de los chorros formaría un hilo continuo de la cúpula a la regadera, lo que significaría tanto como empalmar un cable metálico a la corriente de alta tensión. Prefiero usar las bolsas de papel y lanzarlas desde varios metros de altura y cerca de uno de los bordes de la cúpula — contestó Kane.

— ¿Por qué cerca del borde?

— Es muy sencillo. Lanzaremos las dos bolsas al mismo tiempo y, en el primer momento, el agua salada resbalará por la cúpula hacia el lago. Inevitablemente, se formarán unos chorros, alguno de los cuales carecerá de solución de continuidad, estableciendo así contacto de la cúpula con el agua del lago.

— Es decir, entre el conductor y la tierra.

— Justamente.

— ¿Y las bolsas de papel?

— Arderán con el chispazo y no quedará el menor rastro de ellas.

Syra le contempló admirada.

— Estás en todo — dijo.

— Hay que hacer las cosas bien, ¿no? Bueno, ya estamos listos. Anda, siéntate en tu propulsor. Sígueme de cerca y no te separes por nada. Ten cuidado con lo que haces y recuerda que, hasta que salte la cúpula, estarás sobre la superficie del lago.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven.

— Por favor, no me recuerdes los cocodrilos del lago — dijo.

— Precisamente es lo que quiero: que no los olvides un solo instante—respondió Kane inflexiblemente.

* * *

Volaban en silencio, sumidos en las tinieblas, guiados por las

luces del hotel, que se percibían sin dificultad, incluso en la noche tormentosa. La velocidad era reducida, a fin de no derramar el líquido que llevaban.

La cota de vuelo era de unos veinte metros. Debido a lo reducido de la marcha, podían captar perfectamente todos los sonidos. De cuando en cuando, escuchaban el temible chasquido de unas aceradas mandíbulas.

Poco a poco, fueron ganando terreno. Kane orientó su propulsor hacia el otro lado de la isla, con objeto de alcanzar el objetivo por la parte posterior. Syra le siguió puntualmente.

—Así; no te separes de mí.

Caían algunas gotas. De pronto, Kane divisó frente a sí algunos ligeros chispazos.

— Cuidado, Syra — advirtió—. Estamos llegando frente a la cúpula de energía.

Las gotas de agua que caían se vaporizaban instantáneamente al entrar en contacto con el gran hemisferio de electricidad radiante, generado a una tensión de varias docenas de millares de voltios. Kane avanzó todavía unos metros más, hasta que se situó en un punto que le pareció adecuado para el asalto a la fortaleza.

— Prepárate, Syra — dijo—. Lanzaremos las dos bolsas al mismo tiempo. Apenas lo hayamos hecho, nos remontaremos instantáneamente. Después bajaremos y tocaremos tierra con la mayor rapidez posible. ¿Entendido?

Ella respondió:

— De acuerdo.

Eran unas instrucciones que ella ya conocía. Kane inspiró con fuerza y luego, de súbito, dijo:

— ¡Ahora! ¡Ya!

Ambos soltaron sus bolsas.

Las dos bolsas se precipitaron en el vacío. Inmediatamente, los propulsores salieron disparados hacia arriba.

Se oyeron dos ligeros choques. Durante unos segundos, no pasó nada.

— ¡A ver si me habré equivocado!

Kane temió haber errado sus cálculos. Pero fue un temor que duró muy poco.

Un colosal fogonazo envolvió durante unos instantes a la isla,

como una cúpula de fuego blanco y azulado, al mismo tiempo que se escuchaba un tremendo estampido. Luego volvieron las tinieblas, más espesas que nunca.

La atmósfera olía fuertemente a ozono. A Kane no le extrañó en absoluto; a fin de cuentas, habían provocado una descarga eléctrica mucho más potente que varios rayos.

— ¡Abajo, Syra, abajo!—exclamó, apenas vio que su idea había dado fructíferos resultados, y que ya había pasado el primer peligro.

CAPÍTULO XII

Los propulsores se posaron sobre el suelo, en medio de una espesa arboleda. Kane se quitó las ligaduras de seguridad y se incorporó.

Syra se le unió segundos después.

— No se ve luz en la casa — observó.

— Es lógico; han saltado los fusibles. Vamos.

Corrieron en las tinieblas. No tardaron en oír gritos.

Una voz de mujer resonó sobre las demás:

— Hallybar, esto no es natural — dijo —. Suelta los mastines; si hay un intruso en la isla, ellos lo descubrirán.

Kane sintió frío en la espalda.

— ¡Demonios, esa mujer no olvida un detalle! — masculló.

Fuertes ladridos se oyeron casi en el acto. Kane se volvió hacia Syra.

—Dame tu pistola vibratoria, rápido — pidió.

Ella le entregó el arma. Kane tiró de su mano y los dos se situaron detrás del grueso tronco de un árbol de gran altura, situado a cincuenta o sesenta metros de la casa.

El edificio estaba aún en tinieblas. Los ladridos de los canes se alejaron un poco, pero luego sonaron con más fuerza.

—Ya vienen—susurró él.

Eran dos, calculó por los ladridos. Agazapado junto al árbol, esperó en silencio.

Los mastines se acercaron aún más. Todavía parecieran vacilar un poco, pero, de pronto, ventearon la presa y galoparon frenéticamente hacia el árbol, lanzando atroces aullidos que ponían los pelos de punta.

Kane apuntó con cuidado. La silueta de un can, tan grande como un caballito enano, apareció ante sus ojos.

Apuntó el gatillo. La descarga vibratoria alcanzó de lleno a la bestia, que se desplomó fulminada, con el esqueleto pulverizado. Sus ladridos cesaron instantáneamente.

El otro perro continuó su salvaje carga. Un segundo después, había dejado de ladrar.

— Ven por aquí ahora — dijo Kane, tirando de la muchacha.

En la puerta de la casa volvieron a sonar gritos.

— ¡Ya lo decía yo!—exclamó Elyss—. Hay intrusos. Búscalos, Hallybar; no los dejes escapar.

Las luces de la casa ¡se encendieron de pronto. Elyss gritó:

— ¡Bravo, doctor! ¡Eres un buen electricista!

Kane sonrió mientras corría hacia la parte posterior de la casa, seguido de Syra. Sonó la voz del mayordomo :

— ¡ Señora, los mastines han muerto, pero no hay rastro de los invasores!

Sorprendentemente, Elyss contestó:

— ¡Déjalos, Hallybar; ellos se harán visibles cuando gusten!

— ¿Has oído, Syra? — murmuró Kane.

— Sí, Rob. ¿Sabes?, empiezo a sentir aprensiones…

— ¿Ahora que ya estás a punto de conseguir el objetivo?— rió él —. Vamos, no te desanimes, guapa.

Instantes después, alcanzaban la parte posterior, donde estaban las cocinas, desiertas en aquellos instantes. Kane abrió la puerta y entró en el edificio.

— No la usaré, pero me servirá como medio intimidatorio — dijo, refiriéndose a la pistola vibratoria.

Alcanzaron una puerta que daba a las habitaciones delanteras. La voz de Elyss Farght llegó nuevamente a sus oídos:

— Puedes retirarte a dormir, Hallybar; creo que el peligro ha pasado ya.

— Muy bien, señora, como usted mande.

Kane aguardó unos momentos. Luego abrió la puerta con todo cuidado.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver a Elyss sentada mimosamente en las rodillas del doctor Zzawa, quien parecía muy satisfecho de las atenciones de aquella mujer. Al lado había una mesa con copas.

Syra le dio un codazo. Kane reaccionó y terminó de abrir la puerta.

— Siento interrumpir una escena tan conmovedora, pero hemos venido a buscarle a usted, general doctor Zzawa — anunció en tono un tanto solemne.

* * *

Elyss lanzó un gritito de susto y se levantó de un salto. Zzawa se puso también en pie.

— ¿Quién es usted? — preguntó el científico, un gigante de más de dos metros de altura y cien kilos de peso.

Elyss estaba a su lado, una hermosa mujer, menuda, pero de curvas exuberantes y pelo intensamente negro, vestida con un atavío escaso en tela. Parecía más divertida que sorprendida.

Kane dudó un momento. ¿Debía dar su nombre o el de la persona cuya apariencia utilizaba?

Syra resolvió la situación. Dio un paso hacia adelante y dijo:

—Doctor, en nombre del gobierno de Arimex le conmino a regresar a su país. No desearía tomar medidas de fuerza contra usted, pero lo haré, si me obliga a ello.

Sólo entonces se dio cuenta Kane de que Syra llevaba puesto una especie de uniforme de color rojo vivo, consistente en un peto que dejaba la espalda al aire y pantalones cortos del mismo color. Se habían reunido en la oscuridad del patio trasero de la posada y ello le había impedido reparar en la indumentaria de la joven.

— ¿Tiene usted autoridad para ello? — preguntó Zzawa.

— Sí, doctor.

Syra sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña tarjeta, que tiró sobre la mesa.

— Su orden de regreso, con facultades para llevármelo arrestado, si se resiste a cumplirla — anunció.

— Bueno — dijo Elyss —, pero todavía no nos hemos presentado. ¿Cómo se llama usted, señorita?

— Syra Eulard. El hombre que me acompaña es…

— Steiduss, Larm Steiduss — se apresuró a decir Kane, que ya había llegado a una decisión consigo mismo sobre la identidad que debía emplear.

— Mi ayudante — añadió Syra, impertérrita.

Elyss enarcó las cejas con aire un tanto inquisitivo.

— ¿Debo entender, señorita Eulard, que han sido ustedes los autores de la rotura de mi cúpula de protección? — preguntó.

— Lo siento, pero así es — confirmó Syra.

— Y usted declara ser empleado del gobierno arimexino.

— Sí, señora.
— Por cuenta y orden del cual actúa.
— En efecto.
— Así pues, sostiene usted todos los extremos que acabo de citar.
— ¿He de decir que sí nuevamente, señora Farght?
Elyss sonrió de modo sibilino.
— Me basta con lo que ya he oído, señorita Eulard — contestó —. Y ahora, debe usted saber que voy a presentar una reclamación contra su gobierno, por daños en una cúpula de fuerza e invasión de una propiedad privada. Soy ciudadana de Wee-Wee y mi gobierno apoyará con toda energía las reclamaciones que voy a formular sin más pérdida de tiempo que el que tarde en entrar en contacto con mis abogados.
Syra se quedó pagada. Kane se puso una mano sobre la boca para ocultar una sonrisa.
— Eso no…
— Wee-Wee es neutral, señorita — dijo Elyss fríamente—. Los problemas de su gobierno con el doctor Zzawa no nos atañen en absoluto. Al intentar ese arresto, aparte de los otros delitos cometidos, usted y su ayudante han violado nuestra neutralidad, y esto es algo por lo que deberán responder ante las autoridades de mi planeta.
Zzawa sonrió.
— Ya lo ha oído usted, Syra Eulard. Sus documentos y órdenes no sirven para nada aquí — dijo.
— Esperaba convencerle de que debe regresar a Arimex, doctor — manifestó Syra con voz tensa.
— Si quisiera volver allí, ¿no lo habría hecho ya?
Hubo una pausa de silencio. Kane fijó los ojos en Elyss, que sonreía enigmáticamente.
— Doctor — dijo el joven de pronto—, ¿por qué escapó de Arimex?
— ¿Por qué? — respondió Zzawa—. Se lo diré pronto, muchacho. Estaba más que harto de trabajar continuamente, día y noche, construyendo, ideando, realizando cada día nuevos inventos, a todas horas, en todos los momentos… No está bien que lo diga, pero tengo una imaginación portentosa y he solucionado

numerosísimos problemas en todos los campos. El gobierno me confería honores, dignidades, me trataba a cuerpo de rey… pero me exigían más y más. «¡Haga esto, doctor; ahora haga lo otro… Invente tal cosa; necesitamos un aparato para cual cosa…!» Sencillamente, un día me cansé, exploté… y me largué de Arimex. ¿Satisfecho?

— Una explicación sumamente gráfica, doctor — reconoció Kane.

— Entonces, usted me comprende.

— Del todo, doctor—sonrió Kane—. Yo también he llegado a encontrarme en una situación muy parecida y aplaudo su decisión.

— ¡ Tú también, Rob! — gritó Syra, sorprendida.

Kane se encogió de hombros.

— ¿Qué quieres que te diga? — respondió—. Yo te ayudaba de buen talante, pero si el doctor se niega a volver a su país, no voy a llevarlo allí atado de pies y manos.

— Todavía hay más — dijo Elyss, a la vez que se abrazaba a Zzawa —. El doctor no sólo no va a volver a Arimex, sino que se quedará aquí para siempre.

— Usted lo ha embaucado…

— Es mi esposo, señorita — la cortó Elyss de repente.

Zzawa sonrió.

— Elyss es ahora la señora Zzawa—confirmó.

— Pero usted, doctor…

Elyss se separó un poco de su marido.

— Lo siento — dijo fríamente—. Voy a retenerlos aquí, hasta que vengan a buscarlos, para ser juzgados en la capital. Supongo que eso ocurrirá mañana polla mañana, por lo que me voy a permitir tenerlos a buen recaudo.

Elyss alargó la mano y presionó un botón que había sobre la mesa. El suelo se abrió de repente bajo los pies de la pareja.

Syra lanzó un gritito. Kane braceó desesperadamente, pero no pudo evitar la caída, que terminó varios metros más abajo, por suerte en un blando colchón que evitó mayores daños.

* * *

La mitad de la estancia, que por otra parte carecía de todo

mobiliario, era de suelo blando y acolchado, con algunos cojines. El resto del pavimento era duro, como de cemento

Había algunos huecos en la pared, a modo de estantes. Al lado había un cuarto de baño.

Después de protestar y sollozar un rato, Syra, acabó por dormirse. Kane reflexionó sobre el futuro que les aguardaba a ambos.

Desconocía las leyes de Wee-Wee. Sólo sabía que las habían violado y que Elyss Fargth parecía personaje de importancia. Las autoridades del planeta no podrían ignorar su reclamación.

Acabarían en una cárcel, durante un buen montón de años. Kane torció el gesto; las cosas no salían como había esperado.

De repente, se abrió una puerta. Zzawa apareció en el hueco, con la sonrisa en los labios.

— Está dormida, ¿no? — dijo, refiriéndose a la muchacha.

Kane asintió. Zzawa hizo una señal con la mano.

— Salga, quiero hablar con usted — indicó.

El joven obedeció. Cruzó el umbral y Zzawa cerró a sus espaldas.

— Sígame — dijo.

— ¿Lo sabe su esposa, doctor? — preguntó Kane, mientras subían las escaleras que conducían a la planta superior.

— Si, desde luego; y se ha mostrado de acuerdo en lo que estoy haciendo — contestó el científico.

Momentos después, llegaban a la sala donde se habían conocido la primera vez. Zzawa llenó dos copas y entregó una al joven.

— Ella está durmiendo — sonrió.

— Gracias, doctor; es usted muy considerado.

— Le he visto a usted más sensato y ponderado que Syra. Ella me ha parecido un tanto fanática.

— Algo hay de eso, doctor—Convino Kane—. Es una buena chica, pero, dentro de lo que cabe, con poca experiencia de la vida y falta de flexibilidad en ocasiones.

— Usted es un buen psicólogo — sonrió Zzawa—. Pero antes me dijo que me comprendía. ¿Acaso ha pasado usted por experiencias similares a las mías?

— En cierto modo, sí, doctor.

Zzawa frunció el ceño.

— Usted no es arimexino — dijo.

— En efecto, soy terrestre.
— Ya me parecía a mí. Y ¿cómo ayuda a Syra?
— Bueno, ella vino a buscarme al mismo tiempo que le buscaba a usted. A juzgar por lo que dijo de su motor, la alianza habría resultado interesante.
— ¿Qué alianza, muchacho? — inquirió Zzawa.
—Su motor y mi generador, doctor.
Zzawa arqueó las cejas.
— Explíquese, por favor — pidió.
— Verá, doctor; usted ha ideado un aparato de selección de gravedades, con lo que se evitan las pérdidas de astronaves.
— Es cierto—admitió Zzawa—. No hay astro que tenga una gravedad igual a la de otro. Cada gravedad es siempre distinta, como las huellas dactilares en los seres humanos, ¿comprende?
— Sí, doctor.
— Se puede decir que tal o cual astro tiene una gravedad de cero coma nueve en relación con uno coma cero, que es la gravedad terrestre, más comúnmente admitida como unidad de gravitación universal, pero la cifra cero coma nueve es exacta; hay que ir sacando decimales en gran número, de modo que al final, encontramos como resultado que la gravedad del astro objeto es de 0,988754301, aparentemente idéntica a la de otro astro similar, pero que el selector de gravedades indicará como cifra la de 0,987… etcétera. ¿Me comprende?
— Sí, desde luego. Dos metros cúbicos de agua pesan, en apariencia, una tonelada cada uno, pero si las aguas son de distinta procedencia, puede haber una diferencia inapreciable de medio gramo o cosa por el estilo.
— Justamente — sonrió Zzawa —. Mi selector de gravedades llega hasta el quincuagésimo decimal, así que es fácil imaginarse su exactitud al marcar el rumbo de una astronave.
—No obstante, su motor tiene un grave inconveniente: necesita una enorme cantidad de energía.
Zzawa suspiró.
— Lo admito — dijo—. Y ése es un problema que no he conseguido solucionar yo todavía.
— Yo, sí, doctor.
Los dos hombres guardaron silencio un instante.

Zzawa miraba a Kane fijamente.

— ¿Usted… ha conseguido un generador capaz de ser aplicado a mi motor? — dijo Zzawa al cabo.

Kane no tuvo tiempo de contestar. Algo se lo interrumpió de repente.

CAPÍTULO XIII

Un vivísimo fogonazo estalló afuera, seguido de un tremendo chasquido. Las luces de la casa se apagaron instantáneamente.

Zzawa lanzó una maldición.

— Otra vez han hecho saltar la cúpula de energía — masculló.

Kane se puso rígido.

—Vienen ellos — dijo.

— ¿Los conoce usted?

— Casi podría decir que me he pasado los últimos meses huyendo de ellos — dijo Kane amargamente —. ¿No tiene usted a mano una linterna, doctor?

— Por supuesto.

Momentos después, Zzawa encendía la linterna. Arriba, en el primer piso, sonó la voz de Elyss.

— ¡Kontd! ¿Arreglaste bien los fusibles?

— Demasiado, cariño, pero otra vez tenemos intrusos.

Elyss lanzó una exclamación de enojo.

— Esto voy a tener que arreglarlo yo a mi manera — dijo, furiosa.

Kane divisó su pistola vibratoria sobre la mesa y recobró el arma.

— Los que vienen no serán muy corteses que digamos — anunció.

— Bien, quédese aquí y vigile, mientras yo reparo los fusibles — dijo Zzawa.

— ¿Ya confía en mí, doctor?—sonrió Kane.

—¿Por qué no?

Zzawa desapareció en dirección al sótano. Hallybar, el mayordomo, hizo acto de presencia, armado de un espantable fusil-cañón, capaz de hacer saltar por los aires una casa de mediano tamaño, de un sólo disparo.

— Será mejor que salga al parque y dispare unos cuantos tiros para avisar a los intrusos — aconsejó Kane.

— Es una buena idea, señor.

Hallybar se dirigió hacia la puerta. De pronto, se detuvo y giró

en redondo.

— Si no recuerdo mal, el señor estaba encerrado en el sótano — dijo.

— Ya no, Hallybar — contestó Kane, sonriendo.

— Perdón, señor.

El mayordomo hizo una inclinación de cabeza y salió del hotel. Se oyó un vivo taconeo.

Elyss hizo acto de presencia, envuelta en una suntuosa bata de revoloteantes encajes.

— ¿Dónde está mi marido? — preguntó.

—Abajo, arreglando los fusibles, señora—contestó Kane.

— Gracias.

Elyss se dirigió hacia el sótano. De repente, se paró en seco.

— ¿Eh? ¿Qué hace usted aquí? — exclamó.

— El doctor Zzawa tuvo la bondad de dejarme salir. Estuvimos discutiendo detalles científicos de su descubrimiento. Cuando íbamos a discutir los de mi proyecto, llegaron los invasores.

¡BOUM! ¡BOUM! ¡BOUM!

Tres cañonazos sonaron muy seguidos en el parque. Elyss respingó.

— ¿Quién es? — preguntó.

— El mayordomo, señora. Salió a hacer ruido, por consejo mío.

— Ah.

— Un hombre flemático e imperturbable, señora. Diríase que es británico.

— Es británico — corroboró Elyss.

— La felicito, señora. Hallybar vale su peso en oro.

— Dígamelo a mí, que soy quien le paga — contestó Elyss, en tono burlón.

¡BOUM! ¡BOUM! ¡BOUM!

Los cañonazos sonaban ahora al otro extremo. Kane sonrió.

— Por ahí deben de andar unos tipos temblando de miedo — opinó.

— Yo no estoy tan segura…

De pronto, se oyeron pasos en las inmediaciones. Kane saltó hacia adelante, agarró la muñeca de Elyss y tiró de ella hacia un lado de la puerta principal.

— No haga ruido — recomendó en voz baja.

Elyss contuvo el aliento. Segundos más tarde, se abrió la puerta.

Una cabeza asomó con cautela. Kane golpeó con fuerza, empleando para ello el cañón de la pistola vibratoria.

Sonó un gruñido y un cuerpo humano se desplomó al suelo. De repente, se encendieron las luces de la casa.

Elyss dirigió la vista hacia el caído. Un grito brotó de sus labios al reconocerlo:

— ¡ Es Hallybar!

Kane fue a decir algo, pero, en el mismo momento, dos hombres irrumpieron en la casa.

—¡ Levanten las manos, rápido! — ordenó Nest Ordv.

Jirt Ketl estaba a su lado, empuñando otra pistola. Kane dudó un momento y, al fin, dejó caer la suya al suelo.

Ketl retrocedió un paso y gritó a través de la puerta:

— ¡ Basta ya, Trem; estamos controlando la situación !

* * *

Kane comprendió inmediatamente lo ocurrido. El mayordomo había sido sorprendido y obligado a abrir la puerta, para recibir los primeros golpes, como, efectivamente, había sucedido. Un buen truco, reconoció a su pesar.

No obstante dominar la situación, como había anunciado Ketl, Ordv parecía asombrado.

— ¿Qué hace usted aquí, Steiduss? —preguntó.

—Podría decirle que he venido a admirar la belleza de Elyss, pero resultaría incorrecto, pensando en que está casada.

— Vamos, no trate de engañarme — gruñó Ordv—. Usted ha venido aquí a algo muy distinto.

— No muy diferente de lo que le ha traído a usted a este hotel, ¿verdad?

Sonaron pasos. Trem Mantvey apareció armado con el cañón que había arrebatado al mayordomo.

—Todo en orden, jefe—dijo.

— Gracias, Trem. — Ordv se volvió hacia Kane—. ¿Dónde está Zzawa?

— Por ahí — respondió Kane con indiferencia.

Ordv se situó junto a Elyss y apoyó la pistola en

Su costado.

—¿Quiere que la mate? — preguntó.

Kane se encogió de hombros.

— La muerte de Elyss no resolverá mi ignorancia — contestó —. Sé que Zzawa anda por ahí, pero es todo lo que puedo decirle.

Ordv dudó un momento. Luego hizo un gesto con la cabeza.

— Vamos, buscad al doctor — ordenó—. Traédmelo aquí cuanto antes.

—Bien, jefe.

Los dos esbirros se dirigieron hacia los pisos altos del hotel. Ordv dio otra orden a sus prisioneros:

— Siéntense.

— No tema, Elyss — dijo Kane.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Caminó unos pasos y se sentó en un diván cercano. Kane lo hizo en una silla, junto a ella, colocándose a horcajadas.

— ¿Qué es lo que va a hacer usted con nosotros, Nest?— preguntó Kane instantes más tarde.

— He venido en busca del doctor. Lo demás, me importa muy poco.

— Y nos asesinará.

Ordv se encogió de hombros.

— A menos que me den motivos para ello, no. Aunque con usted tengo una cuenta pendiente — declaró.

— Si, la del «Eva's», ¿no? — sonrió Kane con expresión de burla.

Ordv se tocó el ojo izquierdo, que tenía un hermoso moretón.

— Eran unos bestias — calificó con un gruñido—.Pero todo lo daré por bien empleado si consigo atrapar al doctor y a…

— ¿A quién, Nest?

— A Rob Kane. Son los dos hombres que necesito.

— Ah, ya, el selector de gravedades y el proyecto «Sol Encadenado».

— Justamente.

— ¿Qué es eso de «Sol Encadenado»? — terció Elyss.

— Un generador termonuclear de muy pequeñas dimensiones y una potencia energética incalculable — comentó Ordv.

— Lo sabe todo — comentó Kane irónicamente.

— Es mi oficio—dijo Ordv con sequedad.

— Dudo mucho de que mi esposo quiera irse con usted— manifestó Elyss.

—¿ Su esposo? — se asombró Ordv.

— Ella y el doctor están casados — informó Kane con amabilidad.

— Bueno, le permitiremos que nos acompañe…

— Es que a mí me gusta vivir aquí — exclamó Elyss.

— Entonces, quédese en su maldita isla, pero el doctor se vendrá con nosotros — rezongó Ordv.

Hubo una pausa de silencio. Kane se puso en pie.

— ¡Cuidado! — advirtió Ordv, evidentemente nervioso.

— Sólo quería estirar las piernas — sonrió el joven. — Permanezca donde está y no se mueva o le costará caro.

— Sí, señor.

Ordv se removió inquieto. Lanzó un par de gruñidos y luego miró a su alrededor aprensivamente.

De pronto, se oyó una voz en el piso superior.

— ¡ Jefe! ¡ El doctor no aparece por ninguna parte! — exclamó Mantvey.

— Todavía no habéis buscado bien en la planta baja. Vamos, hazlo ahora.

— Si, jefe. Vamos, tú.

Ketl se hizo visible tras él, en el arranque de la escalera. Súbitamente, un tercer hombre apareció en el descansillo superior.

— Eh — dijo Zzawa.

Ketl se volvió. Ordv lanzó un grito:

—¡ Imbéciles! ¡ Está detrás de vosotros!

El puño del doctor se disparó con tremenda potencia. Ketl voló un poco hacia atrás, chocó contra Mantvey y los dos hombres cayeron rodando aparatosamente por la escalera.

Ordv lanzó un rugido de furia y levantó la mano armada. En el mismo instante, el pie derecho de Kane proyectó la silla hacia adelante con todas sus fuerzas.

La silla alcanzó a Ordv de lleno, tirándole de espaldas. Kane se abalanzó sobre él, a la vez que dejaba escapar un aullido de alegría.

La pistola vibratoria pasó a su poder. Ordv, aturdido, no se sentía capaz de reaccionar.

Al pie de la escalera, Ketl y Mantvey hacían esfuerzos por

ponerse en pie. Kane les apuntó con el arma.

— Será mejor que se estén quietos — dijo —. La tortilla ha dado una vuelta completa y nadie haría demasiadas preguntas si tres intrusos muriesen en esta casa. ¿Me equivoco, señora Zzawa?

— Acaba usted de expresar justamente lo que estoy pensando, señor Steiduss — contestó la dueña del hotel.

Zzawa empezó a descender la escalera, con la sonrisa en los labios. Detrás de él, y para sorpresa de Kane, apareció Syra.

CAPÍTULO XIV

— ¡ Rayos! — exclamó Kane —. ¿De dónde sales, muchacha?

— El doctor me liberó del encierro. Dijo que tú le habías caído muy simpático y que quería ayudamos — contestó ella.

Zzawa llegó junto a su esposa y la besó tiernamente.

— ¿Estás bien, cariño? — preguntó.

Elyss le dirigió una intensa mirada.

— Perfectamente — contestó.

— Doctor, ¿por dónde escaparon ustedes? — preguntó Kane, que no se explicaba la aparición de los recién llegados.

Zzawa se echó a reír.

— El hotel fue en tiempos guarida de contrabandistas— respondió—. El cuarto de baño del sótano tiene una salida secreta, que conduce a uno de los pisos superiores. La señorita Eulard y yo la hemos usado, eso es todo.

— Ahora lo entiendo — dijo Kane. Volvió la cabeza hacia Elyss —. Bien, señora, la decisión es suya.

— Debieras haberte callado, Kontd—dijo Elyss, en tono de reproché—. Ahora no podemos encerrar a estos pájaros en el sótano.

— Lo siento, nena, no di en ello — se disculpó Zzawa —. Pero podemos retenerlos aquí, hasta que venga la policía de la capital.

— Si tienen cuerdas, lo mejor sería atarlos — sugirió Kane.

— No es mala idea — aprobó Zzawa—. Elyss, ¿por qué no atiendes al pobre Hallybar?

— Es verdad — contestó la dueña de la casa.

— Yo la ayudaré, señora — se ofreció Syra.

Zzawa fue en busca de cuerdas y regresó a poco con un puñado de cordones de cortinas. Minutos más tarde, Ordv y los suyos quedaban atados de pies y manos, en una habitación contigua.

Al terminar, Zzawa llenó unas copas.

— Bien — dijo—, creo que deberíamos brindar por el éxito de la operación.

Hallybar se había retirado a su dormitorio. Las dos mujeres se acercaron a la mesa.

Zzawa sonrió al entregar una copa a Syra.

— Lo siento, muchacha, pero no va a llevarme a Arimex — dijo.

Syra hizo un gesto de decepción.

— Supongo que no puedo obligarle hablándole del deber y cosas por el estilo — contestó.

— Supone bien — dijo Zzawa —. Se ha terminado ya el exprimirme como un limón maduro. En lo sucesivo, la cosa más técnica que haré será arreglar los fusibles de la cúpula de energía.

Kane frunció el ceño.

— Hay una cosa que no entiendo, doctor — dijo.

— ¿Sí, señor Steiduss?

— Su matrimonio con la señora — expresó Kane —. En la Tierra figuraba como soltero…

Zzawa soltó una gran carcajada, a la vez que rodeaba con un brazo los hombros de su esposa.

— Ella estaba de viaje turístico cuando yo llegué a la Tierra — explicó—. Íbamos a casarnos en secreto, pero luego empezaron a merodear moscones a mi alrededor. Como no quería que le pasara nada, la envié por delante a Wee-Wee. ¿Satisfecho, Steiduss?

Kane miró al doctor por encima de su boca. Zzawa entendió el sentido de aquella mirada y sonrió.

— Ya sé lo que está pensando—añadió—. Lo de Xavia Hinton fue un ardid. Debía seguir ocultando mi compromiso, para que no se enterasen de mi enlace con Elyss. De otro modo, hubieran sabido en seguida que estábamos aquí… Lo hice de acuerdo con ella, ¿no es cierto?

— Sí, cariño — contestó la aludida.

Kane prefirió no hacer comentarios. Al menos en voz alta, porque, para sí, se dijo: «¡Menudo pájaro estás hecho! ¿A quién le vas a hacer tragar ese cuento?»

Pero no era asunto suyo. Sonrió y dijo:

— Eso lo explica todo, doctor.

— En cambio, lo que usted no me ha explicado todavía son los fundamentos de su generador termonuclear.

— Bien, en síntesis consiste en desarrollar un pequeño sol en el interior de una cámara sellada. El sol se produce por conversión de la masa, mediante una reacción termonuclear provocada y controlada exteriormente.

— ¡ Pero eso tiene que desarrollar temperaturas elevadísimas en el interior de la cámara! — alegó Zzawa.

— En efecto — admitió Kane sin pestañear —. El quid de la cuestión estriba en el procedimiento empleado para que la reacción termonuclear no funda las paredes de la cámara.

— Procedimiento que, sin duda, será secreto.

Kane sonrió.

— En síntesis, consiste en lo que podríamos llamar repulsión o rechazo de las ondas térmicas, por medio de varias baterías de electroimanes, situadas en la segunda cámara, exterior, y que envuelve por completo a la interior. El calor es devuelto a la fuente de origen antes de llegar a la pared interna de la primera cámara, lo que evita la fusión de sus paredes.

—Entiendo—dijo Zzawa—. ¿Con qué masa produce la reacción termonuclear?

— Generalmente suelo emplear un trozo de mineral, granito, o también carbón de hulla. El volumen de la masa sometida a la reacción no es superior a los doscientos decímetros cúbicos.

— ¿Qué tiempo tarda esa masa en consumirse?

— Calculo que un par de años. Se consumiría mucho antes si no hubiese rechazo de las ondas térmicas.

— Comprendo. Una buen idea, Steiduss.

— Mi generador proporcionará energía suficiente para su motor, doctor — sonrió—. Ya no habrá más pérdidas de astronaves en la subdimensión.

— Así lo espero yo también. Elyss… — Zzawa se volvió hacia su esposa—, supongo que no tendrás inconveniente en considerar como huéspedes a esta pareja de amables muchachos,

— Lo que tú digas, con tal de que ella olvide su orden de arresto — contestó Elyss.

Syra se encogió de hombros.

— Las circunstancias me fuerzan a ello — dijo.

— Syra, voy a darle un consejo — habló el doctor—. Vuelva a Arimex y le indicaré dónde tengo todos mis apuntes y documentos. En mi laboratorio tengo, además, un selector experimental de gravedades. ¿Qué más quiere? Pero una cosa es segura: no pienso volver más a Arimex, al menos, si no es como simple turista. ¿Me ha entendido?

Syra suspiró.
— Sí, doctor.
— Perdón — dijo alguien de pronto—. Doctor, ¿dónde dice que tiene su laboratorio en Arimex?

* * *

Hubo un movimiento general de sorpresa entre los allí congregados. Luego, Zzawa hizo un gesto con las manos.
— Menos mal — dijo —. Esta vez, no tengo que arreglar los fusibles.
Kane volvió la cabeza. Un gesto de asombro se dibujó en su cara al ver a Steiduss, seguido de sus dos acólitos, Ur-Gnoï y el gigante.
Elyss volvió la cabeza también.
— ¡Hay dos Steiduss!—gritó—. ¿O son gemelos?
— Steiduss soy yo — dijo el recién llegado de mal humor—. Ése es un falsario.
— No le haga caso, Elyss — intervino Syra—. El falsario es ese tipo que acaba de hablar.
— ¡ Maldición! — juró Steiduss —. Eso es algo que vamos a solucionar inmediatamente. Hay una máscara…
— ¡ Alto! — gritó Zzawa —. ¿Qué es lo que pretenden ustedes?
Steiduss le miró torvamente.
— Doctor, hemos venido a buscarle — contestó—. Necesitamos su motor.
Zzawa elevó sus brazos al cielo.
— ¿Por qué se me ocurriría inventarlo? — se quejó.
Elyss dio un paso hacia adelante.
— ¿Creen que voy a permitir que se lleven a mi marido?— exclamó, en son de protesta.
— ¿Su marid…? Bueno, ¿y qué me importa a mí eso? — dijo Steiduss de mal talante. Agitó la pistola que tenía en la mano —. ¿ Qué le parece este argumento para persuadirle de que se venga conmigo? Y usted también, Kane — señaló al joven.
— ¡Él es Steiduss! —dijo Zzawa.
El auténtico Steiduss sonrió torvamente.
— Ahora mismo vamos a verlo. Ur-Gnoï quítale esa maldita máscara.

— Bien, jefe.
Ur-Gnoï se acercó a Kane.
— No se mueva — recomendó.
Elyss maniobró hacia la mesa. Kane lo advirtió con el rabillo del ojo y dio un paso lateral.
— ¡Le he dicho que se esté quieto! — exclamó Ur-Gnoï, muy sulfurado.
— Es que aquí hay mejor luz, hombre — contestó Kane, sonriendo.
La mano de Elyss presionó entonces el botón y el suelo se abrió de golpe.
Steiduss y Ur-Gnoï chillaron al hundirse en el abismo. Uno de los pies de Kane quedó en el aire, pero Zzawa tiró de su brazo y logró apartarlo a tiempo.
— ¡Eh! —gritó Syra de pronto—, queda uno.
El gigante había quedado paralizado por el asombro. Era un sujeto más bien torpe que, fiado en su colosal fuerza física, no iba armado.
— Ése queda de mi cuenta — gritó Zzawa belicosamente, a la vez que se arrojaba contra él.
Pero había medido mal sus fuerzas. El esbirro tenía una musculatura prodigiosa y su primer golpe despidió a Zzawa a gran distancia.
Kane se apoderó de una pistola. Algo se la arrebató de las manos, sin saber siquiera cómo había sido. Luego vio avanzar un puño enorme hacia su cara.
El instinto le hizo tirarse hacia atrás, con lo que evitó un golpe que, de haberle alcanzado, le habría roto el cráneo. Al fallar, el gigante se tambaleó.
Syra agarró una silla y se la rompió en la cabeza. El enorme individuo gruñó algo, pero no acusó el golpe.
La muchacha se quedó atónita.
— Es indestructible.
Abajo, Steiduss y Ur-Gnoï chillaban a grito pelado.
— ¡Dales duro, Armie! Tú puedes con todos…
Kane empezó a pensar que así podía suceder. De pronto, se colocó ante el hueco.
— Vamos, paquidermo, acércate si eres valiente. Armie avanzó

pesadamente hacia él y se dispuso a descargar un golpe. En el último instante, Kane se apartó a un lado, justo cuando Zzawa, habiéndose incorporado, le propinaba por detrás un tremendo empujón.

El gigante gritó. Ur-Gnoï gritó mucho más, cuando la enorme mole de Armie estuvo a punto de aplastarlo.

Rápida como el pensamiento, Elyss cerró la trampa.

— Ya está — dijo, satisfecha.

De pronto, Syra recordó algo y lanzó un grito:

— La salida secreta. ¡Se ha quedado abierta!

CAPÍTULO XV

Kane lanzó un juramento.

— Pero ¿ cómo…?

— ¿ Quién diablos iba a suponer que vendrían más invasores?— se defendió el doctor.

Elyss hizo funcionar nuevamente el mecanismo de la trampilla.

— El sótano está vacío — anunció.

— Esos tipos nos van a dar un disgusto — masculló Kane.

— Venga conmigo — decidió Zzawa de pronto.

El doctor se lanzó escaleras arriba, seguido por Kane, que llevaba en la mano una de las pistolas vibratorias. Alcanzaron el primer piso y llegaron a una puerta que estaba entreabierta.

— Se han ido ya — anunció Zzawa con gesto sombrío.

— Si se escapan…

— Eso es lo que van hacer, muchacho.

— Pero ¿cómo han podido llegar sin ser electrocutados por la cúpula? — se extrañó Kane.

— Sin duda, vinieron detrás de los otros y esperaron a que la cúpula saltase. Cuando esto sucedió, aterrizaron sin el menor inconveniente.

— Pero ahora la cúpula está en funcionamiento y morirán.

— No — contradijo Zzawa.

— ¿Cómo? — respingó el joven.

— Ya lo ha oído usted. No podrán escapar por el aire, en sus propulsores individuales, claro, pero utilizarán la canoa.

— En ese caso, también…

— La canoa lleva un dispositivo aislante, que permite entrar y salir sin necesidad de desconectar el mecanismo de proyección de la cúpula.

— Entiendo — dijo Kane—. Bien, si se van y no nos molestan más…

— Regresemos — indicó el doctor —. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Los dos hombres emprendieron el regreso a la planta inferior. Sin embargo, en lugar de ir al salón, Zzawa hizo una seña y se

dirigió hacia la parte trasera.

Kane le siguió sin comprender del todo. Al llegar a la puerta posterior, Zzawa se asomó cautelosamente.

— No haga ruido — dijo en voz baja.

Kane asomó un poco la cabeza. El sonido de unos pies que caían de lo alto, al chocar contra el suelo, llegó en el acto a sus oídos.

— Ya puede descolgarse, jefe — dijo Armie, extendiendo los brazos.

Steiduss se dejó caer. La poderosa musculatura del gigante detuvo fácilmente el cuerpo que descendía desde la ventana.

Ur-Gnoï se descolgó a continuación.

— Vamos — dijo Steiduss—. Ya habéis oído lo que dijo el doctor. Con la canoa podremos escapar de aquí.

. —Pero, jefe, ¿por qué no intentamos…?

Steiduss cortó en seco la protesta de su subordinado.

— Ya volveremos en mejor ocasión — dijo malhumoradamente —. No tenemos armas y ellos están prevenidos. Estudiaré otro plan y os aseguro que no habrá fracaso.

— Con tal de que no se nos anticipen Ardv y los suyos…

— No les dejaremos. Vamos, o nos van a sorprender aquí.

Los tres hombres echaron a correr. Zzawa abandonó de pronto el escondite y lanzó un grito:

— ¡Eh, alto, párense!

Steiduss se volvió un instante y le sacó la lengua.

— A ver si puede alcanzamos — le desafió.

Kane no comprendía bien la extraña actitud del doctor, pero le siguió, dándose cuenta de que Zzawa no corría demasiado. De pronto, vio que los tres fugitivos saltaban a la canoa.

— ¡Suelta las amarras, Ur-Gnoï! —gritó Steiduss.

— ¡Alto, alto! — chillaba Zzawa, pero, a cada segundo que transcurría, Kane sospechaba más y más la comedia que estaba desempeñando el doctor.

La canoa arrancó a toda velocidad. Recorrió cincuenta metros y, de súbito, se produjo un vivísimo estallido de luz.

La embarcación saltó en mil pedazos. Tres cuerpos humanos volaron por los aires a gran altura y cayeron luego al agua.

Kane escuchó el estremecedor mido de las mandíbulas de los saurios, que se arrojaban sobre sus presas. Sintió frío en la espalda.

Zzawa lanzó un profundo suspiro.

— Vaya — dijo—; tendré que reparar los fusibles por tercera vez en una misma noche.

Kane volvió los ojos hacia el doctor.

— Usted sabía lo que iba a pasar — dijo.

Zzawa sonrió enigmáticamente.

— Convenía eliminar estorbos, ¿no cree?

—Sí, claro… ¿Volvemos, doctor?

— Desde luego. ¿ Qué hará con los otros prisioneros? Ya no hay más embarcaciones para tenderles una nueva trampa.

— La policía se encargará de ellos — respondió Zzawa escuetamente.

* * *

Kane estaba cansado. Había pasado una noche entera en vela y, en cuanto tuvo ocasión, pidió un cuarto y se echó a dormir.

Syra también lo hizo así. Pero el sueño de Kane no resultó demasiado tranquilo

Estaba preocupado por algo, aunque no sabía definirlo con exactitud. Ciertamente, durmió dos o tres horas con sueño profundo, pero luego extrañas visiones empezaron a turbar su cerebro.

El subconsciente trabajaba demasiado. Algo había que no iba bien en el fondo de aquel asunto.

Kane acabó por despertarse. Era mediodía y la residencia estaba en completo silencio.

Estuvo unos momentos reflexionando, sin levantarse. Luego abandonó la cama y se dirigió al cuarto de baño.

En pocos minutos estuvo aseado. Entonces oyó golpes en el tabique.

Escuchó atentamente. Alguien, al otro lado, dejó correr el agua de un grifo. Luego, los golpes se reprodujeron para componer un hombre en nombre en clave Morse:

— R-o-b.

— S-y-r-a — contestó el joven.

— V-e-n p-r-o-n-t-o — llamó ella.

— E-n-t-e-r-a-d-o.

Kane abandonó el baño, cruzó el dormitorio y abrió la puerta. Exploró el pasillo.

Estaba desierto. En la casa reinaba un silencio absoluto.

Corrió a la puerta contigua y tocó con los nudillos. Syra abrió de inmediato.

— Se me ha ocurrido una idea, Rob — dijo ella, en voz baja.

— A ver si coincidimos — sonrió Kane — ¿ De qué se trata, preciosa?

— El caso no está cerrado por completo. Ocurre algo raro. No sabría definirlo con exactitud… pero pienso que no todo está tan claro como parece.

— Estoy de acuerdo contigo. No he dormido bien, pensando en que hay puntos oscuros en este asunto.

— Y conviene aclararlos.

— Sí, querida.

— Pero ¿cuáles son los puntos oscuros, Rob?

Kane se mordió los labios.

— El hotel es bastante grande — dijo—. ¿Por qué no echamos un vistazo a los pisos superiores?

— Antes me gustaría ver qué ha sido de Ordv y compañía, Syra.

— Muy bien. Entonces, no perdamos más tiempo. Salieron del cuarto. Sin hacer ruido, descendieron a la planta baja y corrieron al cuarto donde la víspera habían dejado encerrados a los prisioneros, de quienes Zzawa había dicho se encargaría.

El cuarto estaba vacío.

— Se los habrá llevado la policía — dijo Kane. Syra se acercó a una mesa, en donde encontró un cenicero lleno de colillas.

— Rob, los dejasteis atados de pies y manos — recordó.

— Sí, es cierto.

— En ese caso, resulta razonable suponer que estuvieron maniatados hasta la llegada de la policía y que, por lo tanto, no pudieron fumar.

— Desde luego.

— Pero hay varias colillas, lo que significa que alguien los desató en cuanto nos retiramos a dormir. Esperaron un rato todavía, hasta que tuvieron la seguridad de que nos habíamos dormido, y entonces se marcharon.

— Bien, pero ¿ quién los soltó?

Syra no dijo nada. Se limitó a mirarle fijamente. Kane hizo un gesto de asentimiento.

— Creo que comprendo — dijo—. Vamos ahora a los pisos superiores.

— Por el ascensor del vestíbulo.

— No, alguien podría notar que lo estamos usando. Vamos por la escalera.

Syra encontró acertado el consejo del joven. Sin hacer ruido, alcanzaron el segundo piso, en el que todas las habitaciones estaban vacías.

Quedaba otro piso y el ático. Una de las puertas del ático estaba cerrada con llave.

La puerta resistió todos los esfuerzos del joven. Kane se volvió hacia Syra.

— Si la derribo a viva fuerza, y no es seguro que lo consiga, haré demasiado ruido.

— Prueba a pasar por una de las estancias contiguas — sugirió ella.

Kane aprobó la idea. Momentos después, se asomaban por una ventana al plano inclinado del tejado.

La ventana hacía un saliente abohardillado. El alero estaba a un metro de distancia y había casi doce hasta el suelo.

Kane caminó cautelosamente, hasta la ventana sospechosa. Miró a través de los cristales y divisó a un sujeto tendido en el lecho.

Kane giró la cabeza. Syra estaba asomada a la otra ventana y acudió al ver las señas que le hacía el joven.

— Cielos — dijo Syra—. Es el doctor Zzawa.

— ¿El auténtico o su doble?

— Yo juraría que es el auténtico, pero, ¿quién dice que tú no eres Steiduss?

Kane lanzó una maldición. Luego apoyó los dedos en los lados de la cara y se arrancó la segunda piel que imitaba tan bien las facciones de Steiduss.

— Ahora soy yo — masculló.

Y acto seguido, sin más, dio un codazo al cristal, sin importarle el ruido de la rotura.

El hombre que dormía en la cama se despertó de repente al oír el ruido de vidrios rotos. Kane saltó al interior de la estancia,

sonriendo con jovial expresión.

— ¡Acaba de llegar la patrulla de rescate, doctor Zzawa! — exclamó.

* * *

Zzawa tendió una copa a Kane, levantó la suya, brindó por la pareja y después de beber, dijo:

— Me gustaría que me hiciera una exposición más detallada de su descubrimiento, amigo Rob.

— Bueno, en principio no tengo inconveniente — respondió el joven—. De todas formas, le conviene saber que todavía me falta la última y más delicada fase.

— La fase experimental.

— Sí. Confío en que todo salga bien, pero me costará todavía algún tiempo.

— Comprendo. Supongo que no tendrá inconveniente en que yo asista a sus experimentos finales. La reacción termonuclear limitada es algo que me interesa muchísimo.

— ¿A usted también, señora?

Elyss hizo un gesto de asentimiento.

— Lo que le interesa a él, me interesa a Mí — contestó.

— ¿También a Hallybar, el mayordomo?

Zzawa se echó a reír.

— ¿Cree que nos escucha detrás de la puerta? Es más discreto que todo eso, Rob — manifestó.

— No sé, me había parecido... — Kane apuró su copa y la dejó sobre la mesa—. Doctor, tengo entendido que usted no quería moverse ya de la isla.

— Bueno, en su caso, haré una excepción, teniendo en cuenta que el nuevo sistema de propulsión reunirá nuestros nombres.

— El mío es Kane. ¿Y el suyo?

Zzawa le miró de hito en hito.

— No comprendo, Rob — dijo.

— Es que me parece que usted no se llama Zzawa.

— Yo aseguro que él no es quien dice ser — terció Syra.

Sonó una risita.

— ¿Has oído, querida? Dicen que yo no soy el doctor...

Kane avanzó hacia el impostor y, de un tirón, le quitó la máscara que tan bien imitaba el rostro del auténtico Zzawa.

— ¿ Convencido? — dijo.

Unos ojos negros emitieron un vivísimo destello de furia.

— ¿Cómo lo ha sabido? — preguntó.

— Fue una boda demasiado rápida — contestó Kane—. Un hombre que se va a casar, no concierta una cena con una cortesana de lujo, aunque luego diga que lo hizo para despistar. Y aunque así hubiera sido, ¿quién les casó en la isla? No me diga que Hallybar tiene facultades para unir parejas.

Los ojos del impostor continuaban despidiendo centellas de ira. Por encima del hombro, Kane preguntó:

— ¿Lo conoces tú, Syra?

— Sí. Es Hurod, jefe del servicio secreto de Jaitsun VII.

— Y jefe, por tanto, de Ordv y compañía.

— En efecto.

— Los cuales no han sido arrestados por la policía de Wee-Wee, sino que se han ido de aquí tan tranquilamente — dijo Kane con voz calmosa.

— Es usted muy listo, amigo mío — manifestó Hurod—. Sí, los otros se han ido, pero usted se quedará hasta que le haya arrancado el secreto de su proyecto.

Kane no se inmutó.

— Syra, ve a ver si Hallybar está aún tras la puerta — indicó.

La joven atravesó el salón y, tras abrir, anunció:

— No, no está, Rob.

Hurod se sobresaltó terriblemente.

— ¡Maldición! ¿Cómo…?

Un hombre de voluminosa corpulencia se materializó en la puerta.

— Hola, Hurod — saludó el auténtico doctor Zzawa.

Un profundo silencio se abatió sobre la estancia. Kane sonreía ahora.

— Mi colaboración le vino bien para eliminar la peligrosa competencia de Steiduss, ¿verdad, Hurod? Lástima que se me ocurriera a mí pensar que el auténtico doctor Zzawa no habría recurrido a medios tan drásticos para quitar a unas personas de en medio. Sin dejar en el olvido, naturalmente, la cena con Xavia

Hinton, cosa que no cuadra muy bien en un sujeto que tan próximo tiene su matrimonio.

Hurod continuaba callado.

Kane continuó:

— Un plan perfecto, Ordv y los suyos casi nos acorralaron hasta traernos a la isla, que era, a fin de cuentas, lo que usted deseaba, Hurod. Y aquí, en completa seguridad, teniéndonos a Zzawa y a mí, habría matado dos pájaros de un tiro, consiguiendo de un solo escopetazo el secreto de la propulsión Kane-Zzawa. Bueno, ¿no tiene nada que decirme, Hurod?

El hombre permanecía silencioso. Kane hizo un gesto con la mano.

— Syra, llama a la policía de Wee-Wee.

Hurod retrocedió un paso. Una expresión demencial apareció en sus facciones.

— No permitiré que…

Y echó mano a una pistola vibratoria que llevaba bajo las ropas.

Zzawa fue más rápido y usó la que Kane le había dado a prevención. La descarga alcanzó de lleno a Hurod, quien, tras un débil grito, se desplomó en el acto.

Kane inspiró con fuerza. Miró a Elyss y dijo:

— Lo siento, señora Hurod.

Elyss sonrió ligeramente.

— Todavía sigo llamándome Farght — puntualizó —. Hurod tenía un buen plan y yo iba a sacar una magnífica tajada… pero todavía me queda el hotel y siempre hay turistas.

— La policía de la capital tendrá algo que decir sobre su alianza con un agente extranjero, señora.

Elyss se ahuecó el pelo con coquetería.

— ¿Quién podrá probarlo? — contestó—. Se me ha frustrado un excelente negocio… pero más ha perdido él — concluyó con acento indiferente.

Kane miró a Syra. La joven se encogió de hombros.

— A fin de cuentas, he localizado al auténtico doctor Zzawa y eso es lo que me importa — dijo.

Kane sonrió. Luego se volvió hacia la puerta

— ¡ Eh, doctor Zzawa! — gritó, al ver que el científico había desaparecido.

Syra lanzó un grito de alarma. Kane echó a correr hacia la puerta.

Zzawa estaba en la explanada anterior, terminando de arreglarse los atalajes de propulsor individual.

— ¿Adónde va usted, doctor? — gritó Kane.

Zzawa exhaló una rotunda carcajada.

— ¿No lo recuerda? Tengo una cita pendiente en la Tierra. Xavia Hinton me está aguardando.

El propulsor se elevó en el aire.

— Doctor, la cúpula… — empezó a decir Syra, alarmada.

— Está desconectada. Adiós, amigos.

Kane se puso una mano ante los ojos.

— Syra, ¿sabes lo que estoy pensando en estos momentos? — dijo.

— Sí, en nuestros propulsores y en un viaje a la Tierra.

— Sí, justamente.

Kane lanzó un profundo suspiro.

— Syra, temo que vas a tener que gastarte el dinero a fondo — dijo.

— ¿Por qué? — preguntó la joven, sorprendida.

— Para convencer a Xavia de que se lleve a su doctor a Arimex I. De otro modo, Zzawa no volverá allí jamás.

— Si no hay otro remedio…

— Y yo te acompañaré — añadió él—. Ya no te dejaré sola nunca más.

Syra se enterneció.

— ¿Hablas en serio, Rob?

Kane la empujó hacia sus propulsores.

— Corramos o perderemos de vista a Zzawa. Hablaremos de nuestra boda durante el viaje — exclamó.

Y luego, al iniciar el vuelo, dijo:

— Syra, ¿dejaremos de correr de un lado para otro cuando hayamos conducido a Zzawa a su casa?

— Espero que sí, cariño — contestó ella—. Esta vida errante empieza ya a cansarme. Tengo ganas de una casa, un hogar…

— Una visión maravillosa — calificó él, mientras se lanzaba a toda velocidad tras las huellas del científico fugitivo.

F I N

Próximo título:

LA MENTE DORMIDA

por

Clark Carrados

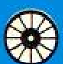
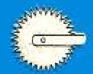
Había una mente dormida, y despertaría por sí sola en cierta fecha.

Pero el despertar sería secreto, o se produciría una terrible catástrofe.

¿Quiénes tenían interés en provocar la catástrofe?

BOLSILIBROS TORAY

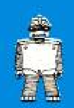
OESTE

	ARIZONA	Publicación quincenal	10 PTAS.
	RUTAS DEL OESTE	Publicacion quincenal	10 PTAS.
	SEIS TIROS	Publicacion quincenal	10 PTAS.
	HURACAN	Publicacion quincenal	10 PTAS.
	SIOUX	Publicacion quincenal	10 PTAS.
	ESPUELA	Publicacion quincenal	10 PTAS.

GUERRA

	HAZAÑAS BELICAS	Publicacion quincenal	10 PTAS.

ANTICIPACION

	CIENCIA FICCION	Publicacion quincenal	10 PTAS.
	ESPACIO	Publicación quincenal	10 PTAS.